

La Academia
para Jóvenes

Leyendo en la tortuga

(recopilación)

Silvia
Molina



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato, interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la amplia diversidad de sus intereses juveniles.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido

Academia Mexicana de la Lengua

La **Academia para Jóvenes**



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección
La Academia para Jóvenes

Benjamín Barajas

Editores

Héctor Baca

Omar Nieto

Cuidado de la edición

Keshava R. Quintanar Cano

Apoyo editorial

Mildred Meléndez

Mario Medrano

Diseño

Xanat Morales Gutiérrez

Leyendo en la tortuga

(recopilación)

Molina, Silvia, 1946-

Leyendo en la tortuga (recopilación) -- México: UNAM, CCH, Academia Mexicana de la Lengua, 2023, 200 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 12).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-7590-9 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-99417-7-2 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Ilustraciones: Luis Vargas (pp. 15, 21, 47, 49, 51, 59, 61, 65, 67, 163, 165, 168, 170, 172, 174).

Primera edición: mayo de 2023.

D.R. © UNAM 2023 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México.

D.R. © 2023 Academia Mexicana de la Lengua, Donceles 66,
Centro Histórico, Alcaldía Cuauhtémoc, CP 06010, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-7590-9 (Volumen UNAM).

Fotografía: Jorge Aguilar en Unsplash.

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana
de la Lengua).

ISBN: 978-607-99417-7-2 (Volumen Academia Mexicana
de la Lengua).

Ilustración de portada: © Justin Kerr, 1892

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Silvia Molina

Leyendo en la tortuga
(recopilación)



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Índice

PROEMIO , Benjamín Barajas	9
Introducción	15
En algunas mitologías	21
Simbología	49
Zoología	51
Vida sexual	61
En la literatura	67
En algunos diccionarios	165
Apéndices	169
BIBLIOGRAFÍA	179

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de **La Academia para Jóvenes**, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la UNAM —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

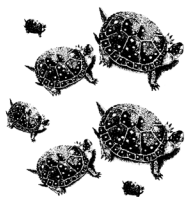
Benjamín Barajas
Director de la Colección
La Academia para Jóvenes.

Leyendo en la tortuga

(recopilación)

A Jovita, la mujer que se volvió tortuga
por desobedecer a sus papás.
A mis nietos, para quienes ese cuento
ya no dice nada.

Introducción



LA TORTUGA, REPTIL LENTO por excelencia, es un ser agazapado de mirada triste. Tal parece que sufriera una condena cargando su casa —pétreo, pesada— y con milenios de dolor.

Animal mágico, lujurioso, tolerante, lleno de fortaleza, paciente y partícipe de la longevidad del cosmos, es considerada como un fósil viviente porque surgió sobre la tierra hace más de trescientos millones de años.

La tortuga aparece en la mitología, en la magia y en la religión de muchos pueblos desde la más remota antigüedad, con su marcada coincidencia en la utilización de sus símbolos: asociada al agua y a la tierra; imagen de la pereza, símbolo de la lujuria; representación del silencio, del cosmos y del sueño; emblema del tiempo y de la inmovilidad.

La literatura es, quizá, el testimonio más fascinante de la curiosidad del hombre por este reptil a lo largo de la historia. Resulta asombroso ver cómo la tortuga ha sido creada recurriendo, consciente o inconscientemente, a los atributos que la mitología de los pueblos primitivos le otorgó. En las fábulas, por ejemplo, la tortuga se burla sabiamente de otros animales bajo el pretexto de su torpeza o por su aspecto pedregoso que la asocia, casi inevitablemente, ya al tiempo, ya al movimiento.

La tortuga se relacionó con la magia debido a las tradiciones orientales de leer presagios sobre su caparazón. Todavía más: la tortuga era en sí un animal mágico que podía vivir eternamente sin necesidad de respirar ni comer. La magia del reptil consistía también en que su caparacho era por un lado la representación de la tierra y por el otro la del universo. Su importancia crecía en la medida en que se observaba la cura de enfermedades cardíacas y renales gracias a los poderes medicinales de su concha, y a que se le atribuía a su carne el poder de otorgar la longevidad.

El vocablo tortuga proviene del femenino del latín tardío *Tartarukhos*, de *tártaros* (infierno) y *ekho* (yo habito), y a pesar de que en muchas culturas es una representación del mal, de hecho, este reptil era parte esencial de la economía de todos los pueblos donde existe.

Antiguamente el caparazón pulido se empleaba como espejo, pero realmente su prestigio reside en

que se utilizaba en la ornamentación o fabricación de objetos de tocador o alhajas. Son famosas también las incrustaciones de carey en muebles de maderas preciosas. Se sabe que los romanos hicieron un gran consumo de carapacho que venía del Mar Rojo y del Mar de las Indias y que los japoneses, durante siglos, han sido muy buenos artesanos en la concha de tortuga. Con el caparazón se fabricaron en muchas culturas instrumentos musicales, de allí que la literatura también asocie la tortuga con la música. Sin embargo, debido a su conservación, ahora está prohibido cazarla.

De todos los reptiles, es la tortuga el que se halla con mayor frecuencia en el menú del hombre: se comen tanto la carne como los huevos; lo que amenaza con la extinción de este animal. La carne de la tortuga se usaba, inclusive, para la pesca de otras especies marinas. En el siglo XIX el galápagos fue importantísimo en la alimentación de los balleneros y piratas porque descubrieron que podía vivir en la cubierta de los barcos mucho tiempo sin comer. La industria codiciaba el aceite de la tortuga (para cremas faciales y jabones de tocador) y dos sustancias gelatinosas llamadas *calipee* y *calipash*, con las que se elaboraban sopas enlatadas.

Puesto que la tortuga ha influido en la conformación de mitología, religión, magia y literatura, es natural encontrarla también en las artes plásticas. Pin-

tura, escultura y arquitectura han dado lugar a magníficas representaciones de este animal en todos los rincones del mundo. *Las estelas de Quiraguá* en Guatemala, llamadas *Las tortugas*, la *Casa de las tortugas* en Uxmal o en el mural del Templo de los Guerreros en Chichén Itzá podrían ser una buena muestra de ello, así como los cuadros de los pintores japoneses Hokusai y Sunsen. A mi juicio, Francisco Toledo es el pintor que mejor ha sabido captar y plasmar con hermosura y sutileza las formas misteriosas de este quelonio.

No quiero entretener más al lector, sólo me resta explicar que los textos seleccionados no cubren — desde luego — ni toda la mitología ni todas las expresiones literarias. La selección está realizada de acuerdo con los temas que aparecen con mayor frecuencia en la literatura y con el propósito de mostrar al lector curioso una pequeña variedad de las expresiones que ha suscitado este maravilloso reptil. El lector observará que muchos textos han quedado fuera y que en algunos temas aparecen textos en prosa o en verso completos, mientras en otros unas líneas son suficientes para ilustrar la simbología de la tortuga.

Fue el querido Huberto Batis, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en 1977, quien sugirió una investigación sobre plantas, para que sus alumnos aprendiéramos a hacer fichas. Yo ya había cursado una carrera y decidí desobedecerlo con el riesgo de ser expulsada de su clase. Me dediqué a la tortuga porque

siempre me ha inquietado. Este libro fue un juguete para mí: armarlo fue divertido. Entregué mi trabajo sin decir nada, pero en la clase siguiente escuché sin aspavientos de su parte: “Haz hecho un libro. A ver si lo superas una vez que éste sea publicado”. Me di por aprobada.

Leyendo en la tortuga fue editado por primera vez en 1981 por Martín Casillas Editores, con ilustraciones de Luis Vargas. Esta es una reedición aumentada con algunas mitologías que no había incluido en la primera edición y algunas “tortugas” que me sugirieron Octavio Paz y José de la Colina, y con otras que me fui encontrando. La investigación es interminable, sé que quedaron fuera muchos quelonios, pero llegarán, lentamente, llegarán. Retiré de la edición original las recetas de cocina por obvias razones, ahora que este reptil está en peligro de extinción.

Silvia Molina



En algunas mitologías



Abipona

En la mitología de los abipones del nordeste de Argentina, pueblo guerrero, la tortuga era considerada un animal cobarde porque en la primera batalla que libró, escondió la cabeza y se replegó dentro de su concha ante la lucha. Para no adquirir su timidez, aquellos guerreros tenían prohibido comer su carne.

Algonquina

El mito cosmogónico de la tribu algonquina de los lenapés (delawareos) de los Estados Unidos de Norteamérica cuenta cómo el Gran Espíritu creó la tierra y el cielo, con el sol, la luna y las estrellas, después a los hombres y animales. Luego de la descripción de la felicidad de la primera humanidad, el mito continúa:

Pero un ser maligno descendió en secreto a la tierra y trajo consigo la injusticia, el pecado y la desdicha; trajo la tempestad, la enfermedad y la muerte.

A continuación, el mito habla de una gran serpiente (monstruo) que odiaba a los hombres, que los expulsó de su patria y que causó una gran inundación, en la cual una parte de la humanidad fue devorada por monstruos marinos y, la otra, salvada sobre una tortuga.

Azteca



Aquí se dice cómo hacían algo
los fundidores de metales preciosos.
Con carbón, con cera diseñaban, creaban,
dibujaban algo, para fundir el metal precioso,
bien sea amarillo bien sea blanco.
Así daban principio a su obra de arte. . .
Se toma cualquier cosa que se quiera ejecutar,
tal como es su realidad y su apariencia.
Así se dispondrá. Por ejemplo, una tortuga,
así se dispone el carbón, su caparazón como se irá
moviendo, su cabeza que sale
de dentro de él, que parece moverse,
su pescuezo y sus manos,
que las está como extendiendo.

Informantes de Sahagún
Los fundidores de metales preciosos

Sahagún dio a conocer un himno azteca dedicado a Ayopechtli o Ayopechcatl. Este nombre significa según Thompson “el que está en el asiento de la tortuga”. El contexto de este himno deja ver claramente que el que escucha es la diosa del parto. La diosa del parto estaba muy cerca de Mayahuel y compartía muchos rasgos con Toci y Xochiquetzal, dioses de los alum-

bramientos. La diosa del parto era llamada “la que está en el lugar de la tortuga”. Sentada en ella.

Budista

Para los budistas, en una de sus resurrecciones Buda resurgió como una tortuga gigante que vivía en el mar. Cuentan que una vez salvó de morir a unos marineros que habían naufragado llevándolos a la playa en su gran caparazón. Estaba tan cansada de su esfuerzo que no pudo regresar al mar y la devoraron los insectos porque ella los dejó para que vivieran gracias a ella.

Cuando Otschirvani y su criado Tsagan Schukuty bajaron del cielo vieron que una tortuga se zambullía en el agua. La atrapó y la devolvió al agua con la parte de abajo hacia el cielo. Otschirvani se acostó en ella y le ordenó a su criado que levantara un poco de tierra del fondo del mar. La rociaron sobre el vientre de la tortuga y se quedaron dormidos. Un demonio quiso destrozarse la tierra junto con el dios y su sirviente, pero la tierra empezó a crecer rápidamente y el demonio escapó asustado de la fuerza de la tierra. Desde entonces, la tortuga yace boca arriba debajo del nivel del agua, sosteniendo la tierra.



La mítica tortuga **AO** es el símbolo del universo.



Como tortugas sagradas, éstas nadan en los estanques de los templos budistas. Los visitantes religiosos las alimentan para que les garanticen una larga vida sana.

Celta

Entre los celtas, la tortuga era un símbolo de longevidad, protección, defensa, tierra, seguridad, inocencia y viaje.

China

¿Cuáles son las cuatro criaturas inteligentes?

El unicornio, el fénix, la tortuga y el dragón.

Li Ki

En la China legendaria, la tortuga era un animal espiritual y de buen agüero. Representaba el modelo del universo porque se creía que el cielo era hemisférico y la tierra cuadrangular y porque en la antigüedad creían que la tierra descansaba sobre el caparazón de una tortuga. “La tortuga primordial —dice Jorge Luis Borges en su *Manual de zoología fantástica*— tiene la

concha redonda por encima para representar el cielo y cuadrada por debajo para representar la tierra.”



La tortuga, según la mitología china, participa de la longevidad y de la sabiduría de lo cósmico; por este motivo, solía emplearse la concha para la adivinación. Los augures buscaban presagios en su caparazón y llamaban “signo” a la inscripción en el lomo de la tortuga mágica.



Cuatro son los animales que rigen los rumbos del espacio y guerrean contra los demonios: el Tigre Blanco preside el occidente, el Dragón Azul el oriente, el norte lo habita la Tortuga Negra y el sur el Pájaro Rojo.



Cuenta la leyenda que el emperador Yü el Grande dividió la tierra en Nueve Regiones porque Than-Qui la Tortuga Genio tenía escrito en su lomo el tratado cósmico de la división llamado Hong Fan.



Existe la creencia de que las columnas de madera del Templo del Cielo de Pekín estaban originalmente asentadas en tortugas vivas, porque se suponía que estos reptiles podían existir más de tres mil años sin comida y aire. Las tortugas, además, preservaban la madera de podrirse.



El símbolo escrito para este animal (Guí) es un pictograma que muestra la cabeza, parecida a la de la serpiente, arriba; las garras a la izquierda, la concha a la derecha y la cola abajo.



En la mitología china la tortuga es el único animal real entre los seres sagrados que son cuatro: el fénix, el dragón, el unicornio y la tortuga.



Es considerado muy meritorio dar de comer a las tortugas que se encuentran en los estanques de los templos budistas y se tiene por buen agüero salvar a las tortugas de ser comidas en los mercados públicos.

Cuando una tortuga es comprada por esta razón, se le perfora un hoyo en la concha. Una criatura con varios hoyos, casi siempre rellenos con anillos, es muy estimada para propósitos medicinales. Los chinos hacían píldoras con jalea preparada de la parte inferior de la concha o de polvo del carapacho, que gozaban de gran reputación como tónico cardíaco, astringente y artrítico, muy útil también en las enfermedades del riñón.



Actualmente, en la China se asocia a la tortuga con la infidelidad femenina y a la lujuria; por eso, decir “Hijo de tortuga” significa “Hijo ilegítimo”.



Cuentan que Chuang-Tzu, el filósofo de la antigua China, paseaba por las orillas del río Pu. El rey de Chou envió a dos altos funcionarios con la misión de proponerle el cargo de primer ministro. La caña entre las manos y los ojos fijos en el sedal, Chuang-Tzu respondió: “Me han dicho que en Chou veneran una tortuga sagrada, que murió hace tres mil años. Los reyes conservan sus restos en el altar familiar, en una caja cubierta con un paño.

—Si el día que pescaron a la tortuga le hubiesen dado la posibilidad de elegir entre morir y ver sus

huesos adorados por siglos o seguir viviendo con la cola enterrada en el lodo, ¿qué habría escogido?

Los funcionarios repusieron:

—Vivir con la cola en el lodo.

—Pues esa es mi respuesta: prefiero que me dejen aquí, con la cola en el lodo, pero vivo”.



En un antiguo libro chino titulado *Colección de encuentros con inmortales*, hay una historia sobre una tortuga. Durante la Dinastía Jin, un soldado chino de Wuchang, provincia de Hubei vio una linda tortuga blanca en venta en el mercado. Se sintió tan mal de ver que la habían sacado de su hogar, que la compró y la mantuvo en un estanque de su casa. Cuando la pequeña tortuga blanca creció, el soldado decidió que sería mejor devolverla al agua, esperando que pudiera reunirse con su familia. Varios años después, la Dinastía Jin fue derrotada tras librar una gran batalla con un estado vecino. Los soldados sobrevivientes de Jin fueron llevados a un río, donde la mayoría se ahogó al hundirse con la pesada armadura que vestían. Este soldado también fue llevado al río. Cuando estaba a punto de ahogarse, sintió que sus pies tocaban una roca gigante. Miró hacia abajo y vio que la roca gigante bajo sus pies era en realidad la tortuga blanca que había rescatado y liberado años atrás. La tortuga blanca

llevó al soldado al otro lado del río. Lo saludó con la cabeza, agradeciéndole, y regresó al río.



En el país de Tsoi, un tal Kouo era muy rico. En el país de Song, un tal Hiang era muy pobre. El pobre fue a preguntar al rico cómo había procedido para enriquecerse.

—Robando—le contestó aquel—. Cuando empecé a robar, al cabo de un año tuve lo necesario, a los dos años tuve la abundancia, a los tres, la opulencia y así me convertí en un gran notable.

Aunque Hiang se confundió respecto al término robar, no pidió más explicaciones. Colmado de alegría, se despidió de él y se puso inmediatamente manos a la obra. Saltando tapias o atravesándolas, se apoderaba de todo cuanto podía. Prestamente arrestado, tuvo que devolverlo todo e incluso perdió lo poco que poseía anteriormente, demasiado feliz por haberse salido de forma tan leve del asunto. Convencido de que Kouo lo había engañado, le fue a pedir cuentas.

—¿Cómo te las arreglaste? —preguntó Kouo, asombrado.

Cuando Hiang contó su aventura, Kouo contestó:

—¡No es con este tipo de robo que me he enriquecido! Yo, según el tiempo y las circunstancias, he robado las riquezas del cielo y la tierra, de la lluvia,

de los montes y valles. Me apoderé de aquello que había hecho crecer y madurar a los animales salvajes de las praderas, los peces y las tortugas acuáticas que están llenas de presagios. Todo cuanto tengo, lo robé a la naturaleza, pero antes de que fuera de alguien; sin embargo, tú robaste lo que el cielo ya había dado a otros hombres.

Hiang se marchó descontento, convencido que Kouo seguía engañándolo. Se encontró con el Maestro del barrio del este y le contó su caso

—¡Pues claro! —le contestó éste—. Toda apropiación es un robo. Pues si el ser, la vida, es el robo de una parcela de la armonía del ying y del yang, con más razón, cualquier apropiación de un ser material es un robo a la naturaleza. Pero hay que distinguir entre robo y robo. Robar a la naturaleza es el robo común que todos cometen y que no es castigado. Robar a alguien es el robo particular que los ladrones cometen y que es castigado. Todos los hombres viven de robar el cielo y la tierra y no por ello son ladrones.

Li-Tsé



El I Ching es la Ley del Cambio. Su origen es mítico, y está unido a la figura del fundador de la cultura china, Fu-Hi, afirmándose que lo descubrió en el caparazón de una tortuga mágica que surgió del río Amarillo.

Otra leyenda afirma que fue el propio Dragón quien le otorgó los signos básicos que constituyen el sistema del Oráculo.



Nüwa, la diosa de la creación creó la tierra cortando los pies de una tortuga gigante y usándolos como pilares del cielo en las cuatro direcciones.

Cristiana

De la etimología de la palabra que proviene del latín tardío Tartaruchos (demonio) y éste del griego Tartarukhos, de Tártaros (infierno) y Ekho (yo habito), se comprende que los antiguos cristianos tomaran la tortuga como la personificación del mal y de la herejía; y durante la Edad Media, la tortuga fue símbolo de pereza y ociosidad entre los cristianos.

Egipcia

En un principio, la tortuga fue un animal negativo hasta que los egipcios se dieron cuenta de que después de la hibernación renacía como si nada. Entonces la relacionaron con el agua y la resurrección. También emplearon, como los griegos, caparazón para hacer escudos.



El dios Apofis o Apep era una divinidad-símbolo malé-
fico y de las tinieblas del Más Allá. Lo representaban
como una serpiente gigantesca o una gran tortuga,
cocodrilo o caimán.

Su función maléfica consistía en interrumpir el
recorrido del barco solar para que no pudiera alcanzar
el nuevo día, y para ello empleaba varios sistemas: ata-
car a la barca directamente o culebrear para provocar
bancos de arena donde el navío encallara.

Grecorromana

*Aunque la concha enorme de Chelona
refleja una imagen severa,
traemos a los dioses con nosotros;
entonad vuestros mejores cantos.*
Goethe, Fausto

En la mitología de la antigüedad clásica, la tortuga era
un animal consagrado a Afrodita, la diosa del Amor y
la Belleza; por eso son frecuentes las representaciones
de ésta con un pie posado sobre ese reptil.

En tortugas fueron metamorfoseados Segnites y
Chelona por castigo de los dioses. Cuentan que Seg-
nites (Pereza), diosa alegórica hija del Sueño y de la
Noche fue transformada en tortuga por haber accedido

a las insinuaciones de Vulcano; y que la ninfa Chelona (Quelonia) fue convertida en Tortuga y condenada al silencio por llegar tarde a la boda de Juno y Júpiter.



Un oráculo predijo a Esquilo que moriría aplastado por una casa; y decidió irse a vivir al campo para estar a salvo, pero un águila dejó caer sobre su cabeza una tortuga que había capturado, cuyo caparazón lo mató en el acto.



Sileno, el tutor de Baco, tenía el atributo de ser viejo abuelo de los sátiros. Por esta razón, lo representaba montado en su burro en las fiestas orgiásticas y bacanales. El cuadro *Sileno ebrio* de José de Ribera que se encuentra en las Galerías Nacionales de Capodimonti, en Nápoles, es famoso por ser el cuadro más antiguo conocido de Ribera y también por la sensación general de inestabilidad debida a la embriaguez de Silenio. Ribera pintó como símbolo de los atributos de Silenio una tortuga posada en la parte inferior derecha.



La lira es un instrumento de cuerda que según la mitología fue creado por el joven Hermes que mató a una tortuga y usó su caparazón sobre el que tensó varias cuerdas. Cuenta el mito que Hermes era el más precoz de los dioses, ya que, a poco de nacer, salió de la cueva donde se encontraba con su madre, la mortal Maia, cogió una tortuga y con ella fabricó una lira. Luego de que compuso su primera melodía, robó cincuenta vacas que protegía Apolo, y para que no lo encontraran, borró las huellas, inventó el fuego y asó dos animales que ofrendó a los dioses, y escapó corriendo hacia la cueva donde había nacido horas antes. El precoz dios entró en la cueva empequeñeciéndose, llegó a la cuna y como un niño bueno se puso a jugar con su tortuga-lira.

Las travesuras de Hermes fueron descubiertas por Apolo quien le pidió explicaciones. El astuto dios hizo sonar su lira, y Apolo embelezado le encomendó que desde ese momento se encargara del cuidado de las vacas. Este ofreció su invento a Apolo que lo convirtió en uno de sus atributos.

A su turno, Orfeo inventó la cítara y añadió dos cuerdas a la lira, que pasó de las siete que tenía a tener nueve, en honor a las nueve musas, y con ella tocaba ingeniosas y excepcionales melodías.

Hindú

Vishnu, Brahma y Shiva forman la trinidad del hinduismo. Vishnu es también una fusión de varios dioses o semidioses populares y se aparece periódicamente para restablecer la ley bajo diferentes encarnaciones.

La segunda encarnación de Vishnu fue en forma de tortuga: Kurma. Después de una periódica inundación varias cosas preciosas se habían perdido, entre ellas, la más importante era el *amrita* o licor de la inmortalidad. Vishnu pidió a dioses y demonios que batieran un océano de leche con el objeto de lograr el *amrita*.

El monte Mandara fue depositado en el mar como si fuera una batidora, Kurma utilizaba su espalda como eje y la serpiente Vasuki se enroscó en torno a Kurma sirviendo como correa de transmisión. Dioses y demonios discutían acerca de quién tiraría de la cola y quién de la cabeza. Una vez establecido el acuerdo, trabajaron durante mil años hasta que la serpiente arrojó un terrible veneno que por poco los mata. En ese momento Shiva tragó a Vasuki y surgió el vaso de *amrita* y con él Lakshmi, diosa de la Belleza.

Los atributos de Vishnu son el disco, la concha, la maza y el loto.



Hay un cuento de la India, traído a colación por Clifford Geertz en su libro *La interpretación de las culturas*, en

el que un inglés, a quien habiéndosele dicho que el mundo descansaba sobre una plataforma, la cual se apoyaba sobre el lomo de un elefante, que a su vez se sostenía sobre el lomo de una tortuga, preguntó en qué se apoyaba la tortuga; a lo cual los lugareños, ya un tanto cansados por su insistencia, le respondieron que en otra tortuga y esta en otras tortugas.



En la mitología hindú, la creencia de que la tierra es una plataforma plana, sostenida por ocho elefantes que a su vez se apoyan sobre el caparazón de una tortuga gigante, hizo que los sismos fueran atribuidos a los movimientos que realizaban los animales cuando se sentían cansados y sacudían sus cabezas.

Akupera es el nombre de la tortuga que servía de sostén a la tierra.

Huasteca

Una muchacha dio a luz a un niño que llamaron Dhi-paak, y él llevó el maíz al hombre. Él era el maíz. La mamá de la muchacha se enojó porque había tenido un hijo y lo mató. Lo hizo pedacitos con el machete para que no se diera cuenta la nieta y lo fue a tirar. De esos pedacitos brotó el maíz, se convirtió en muchas plantas de maíz. La abuela cortó todas las matas de maíz y molió los granitos y los cocinó de muchas

maneras, pero el maíz le hizo daño y se enfermó. La muina hizo que fuera a tirar al mar lo que le quedaba de masa y unos peces se la iban a comer, pero Dhipaak les dijo que mejor juntaran toda la masa y una vez reunida, el dios tomó forma de niño que vivió en el mar mucho tiempo con su abuelo Muxi. Este le dijo que tenía que vivir en la tierra para darle de comer al hombre. Dhipaak no quería regresar a la tierra porque su abuela no lo quería. Entonces le pidió al abuelo que lo mandara con alguien. El abuelo buscó y buscó y por fin le dijo a una tortuga que tenía la concha muy gruesa y ella lo llevó. Pero como el camino era largo y el niño se aburría empezó a rayar la concha, le hizo cuadritos desiguales porque no sabía dibujar bien. Y él sólo sabía que querían decir sus rayas y sus cuadros, y por eso la gente de ahora quiere adivinarlo. Así fue como la tortuga trajo a Dhipaak, el maíz. El maíz es el hombre. El hombre está hecho de maíz.

Relato oral de doña Soraida López
contado a Silvia Molina.

Iroquesa

La mitología de los iroqueses habla de una joven que cayó a través de un hoyo en el cielo a un lago sin final. Junto con la muchacha cayó un árbol cósmico que tenía tierra mágica adherida a sus raíces. Dos cisnes impidieron que la diosa se ahogara mientras la Nutria, el Castor, la Rata y el Sapo, aconsejados por la Gran

Tortuga, maestra de todos los animales, se sumergieron en el lago para recobrar la tierra mágica del árbol cósmico. Todos murieron en el intento, pero el Sapo se las arregló para echar un buche de tierra mágica que se convirtió en una isla para la joven. La isla siguió creciendo y la diosa fue nombrada Madre de la Tierra. Entonces las Grandes Tortugas y las Pequeñas Tortugas recogiendo lucecillas en el cielo crearon el Sol y la Luna. Del Rayo y la Lluvia surgió el Arco Iris, puente de la tierra al cielo para los animales que al usarlo se convirtieron en Estrellas.

Japonesa

De los seis destinos que están permitidos a los hombres (alguien puede ser demonio, planta o animal...), el más difícil es el de ser hombre, y debemos aprovecharlo para salvarnos.

El Buda imagina en el fondo del mar una tortuga y una ajorca o aro que flota. Cada seiscientos años, la tortuga saca la cabeza y sería muy raro que la cabeza calzara en la ajorca. Pues bien, Buda enseña que “tan raro como el hecho de que suceda eso con la tortuga y la ajorca es el hecho de que seamos hombres. Debemos aprovechar el ser hombres para llegar al nirvana”.



Los kappa son pequeños humanoides con forma de rana del tamaño de un niño. La cara tiene aspecto de tortuga y en muchas ocasiones es dibujado con un caparazón en la espalda. Los kappa viven en los ríos y lagunas de Japón. Utilizan las extremidades con forma de aleta para desplazarse y nadar.



El Genbu es una criatura mitológica con apariencia de tortuga y serpiente. Su origen se debe a una de las cuatro constelaciones chinas: Tortuga negra o Tortuga del norte, por ende, representa al norte y al invierno también. En china, la tortuga y la serpiente eran consideradas criaturas espirituales que simbolizaban longevidad. Debido a la influencia china, en Japón los títulos honoríficos poseían imágenes de tortugas.



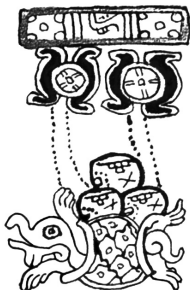
Cuentan que Urashima estaba en una playa y vio cómo torturaban a una tortuga. Él la liberó y para su sorpresa vio que la tortuga era la hija del rey del mar, quien en agradecimiento lo llevó al fondo del mar, donde la tortuga tomó la forma de una hermosa princesa, quien le mostró su palacio y sus riquezas.

Ambos se enamoraron, pero Urashima extrañaba la ciudad y la princesa con tristeza lo llevó a la playa donde la había salvado. Al despedirse le dio una caja y le pidió que no la abriera si quería volver a verla. Apenas se sumergió la princesa, Urashima abrió la caja y murió al instante.

Maidu

Entre los indios maidu de California, en los Estados Unidos de Norteamérica, el Iniciado de la Tierra envía a la Tortuga al fondo de las aguas para traer la primera tierra, con la cual irá construyendo el universo.

Maya



—Ahora ve a coger un viejo y
la hierba de delante del mar.

—El viejo es la tortuga.

La hierba es el cangrejo.

—Hijo, ahora ve a coger las piedras
del fondo del monte. Son negras.

La tortuga chamuscada.

Chilam Balam de Chumayel

Libro de los enigmas

Una leyenda maya cuenta que la luna y el sol escaparon de la destrucción huyendo cubiertos con el caparazón

de una tortuga; gracias a eso, la luna hizo su recorrido a salvo dentro de la concha de este reptil.



En los códices mayas, el sol se representa llevando el caparazón de una tortuga; la insignia de uno de los cuatro Bacabs que están colocados en los puntos cardinales para sostener los cielos es también un caparazón.



Hay una constelación maya llamada **AC**, “La tortuga”, que según un informante —escribe Thompson— es Orión. En el diccionario Motul puede leerse “**AC EK**” las estrellas que están en el signo de géminis que, con otras, forman la figura de una tortuga. F. Gorsteman identifica la tortuga con el solsticio de verano explicando que este animal es de movimientos lentos y que aparenta representar el tiempo cuando parece que no se mueve el sol. Basa su teoría en el hecho de que el signo del mes maya **KAYAB**, que es el mes en el cual el solsticio de verano tiene lugar, muestra la cara de una tortuga.



El signo para la letra **A** en el alfabeto de Landa es un glifo que representa una tortuga. Es clara la selección

de este signo para dicho sonido ya que la tortuga es llamada **AK** —aak— o **AC** en maya.



En los códices Dresde, Tro-Cortesianus y Nutall aparecen por lo menos tres especies diferentes de tortugas y es frecuente su mención en los libros del Chilam Balam.

En Uxmal hay unas ruinas llamadas Casa de las Tortugas en donde a intervalos regulares alrededor de la cornisa hay figuras de este reptil.



La tortuga tuvo un simbolismo especial como representación de la tierra por su estabilidad, el agua y las constelaciones. Su caparazón se relacionaba con la bóveda celeste y el cuerpo, se decía, era el eje que unía el cielo a la tierra.

El dios del maíz, el primer Padre, renació del caparazón de una tortuga.

Peruana (amazonia)

Cuenta la leyenda que un ser llamado Motelo Mama es una tortuga gigante que lleva sobre su caparazón un enorme pedazo de selva que crece sobre ella. Se dice que Motelo Mama es la madre de todos los que-

lonios de la selva amazónica y que además permanece inmóvil por mucho tiempo. Como en su caparazón le crece una especie de selva, estas plantas ayudan a engañar a sus víctimas que al no ver nada raro en ella, se acercan sin temor.

Cuando este ser se mueve, se dice que provoca enormes movimientos de la tierra, mientras que el agua retumba como un pequeño cataclismo. Sobre la longevidad de Motelo Mama, afirman que es infinita, tanto, que se cree que existió desde siempre.

Rumana

En los mitos difundidos entre los pueblos de Rumania, la creación se produce a través de la acción de un pescador de tierra, un animal (tortuga o ave) que se sumerge en las aguas primordiales para subir una pequeña porción de tierra, de la que después esparcirá por el mundo.

Tahina

Ayamanaco (o Bayamanicoel) echó a Caracol polvo de cohiba en sus espaldas en lugar del pan que había solicitado. El polvo le causó una gran hinchazón y cuando sus hermanos se la cortaron con un hacha de piedra, de la herida salió una tortuga viva. Tal vez los polvos de cohiba pudieran significar la fertilidad o el erotismo que engendran a la tortuga, símbolo de la creación.

Tarasca (Provenza, Francia)

Según cuenta la leyenda, esta criatura habitaba en Tarascón, Provenza, y devastaba el territorio por doquier. Se describe como una especie de dragón con seis cortas patas parecidas a las de un oso, un torso similar al de un buey con un caparazón de tortuga a su espalda y una escamosa cola que terminaba en el aguijón de un escorpión. Su cabeza era descrita como la de un león con orejas de caballo y una desagradable expresión.

El rey había atacado sin éxito a la tarasca con todas sus filas y su arsenal, pero santa Marta encantó a la bestia con sus plegarias, y volvió a la ciudad con la bestia así domada. Los habitantes aterrorizados atacaron a la criatura al caer la noche, y murió allí mismo sin ofrecer resistencia. Entonces santa Marta predicó un sermón a la gente y convirtió a muchos de ellos al cristianismo. Arrepentidos de dar muerte al domado monstruo, los habitantes cambiaron el nombre del pueblo a Tarascón.¹

Tehuelche

En la mitología de los indígenas tehuelches de la Patagonia, una tortuga que moría de hambre pidió alimento a un hombre que iba en un carro, y como éste se lo negó, ella se adelantó por un atajo y se posó en el camino del hombre tapándose con hierba.

¹ Disponible en [https://es.wikipedia.org/wiki/Tarasca_\(criatura_mitologica\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Tarasca_(criatura_mitologica)).

Cuando pasó el coche del hombre, la tortuga se alzó en sus patas traseras y lo volcó. Y mientras el hombre fue por ayuda, ella y sus hijos saquearon toda la carga de alimento que él no quiso compartir.

Vietnamita

Cuenta la leyenda que, en el siglo **xv**, tras la invasión china, la derrota para Vietnam era inminente. Siendo superados en número y fuerza, parecía que la lucha sería en vano. Esto, hasta que la tortuga sagrada ascendió del lago Ho Hoan Kiem para entregar una espada sagrada al rey Le Loi, quien así logró liberar a la antigua ciudad donde hoy se ubica Hanoi.

Zapoteca

Cuando bajaron las aguas del diluvio, era un lodazal el valle de Oaxaca. Un puñado de barro cobró vida y caminó. Muy despacito, caminó la tortuga. Iba con el cuello estirado y los ojos muy abiertos, descubriendo el mundo que el sol hacía renacer. En un lugar que apeataba, la tortuga vio al zopilote devorando cadáveres.

—Llévame al cielo. Quiero conocer a dios.

Mucho se hizo pedir el zopilote. Estaban sabrosos los muertos. La cabeza de la tortuga asomaba para suplicar y volvía a meterse bajo el caparazón, porque no soportaba el hedor.

—Tú, que tienes alas, llévame —mendigaba. Harto de la pedigueña, el zopilote abrió sus enormes alas

negras y emprendió vuelo con la tortuga a la espalda. Iban atravesando nubes y la tortuga, escondida la cabeza, se quejaba:

—Qué feo hueles!

El zopilote se hacia el sordo.

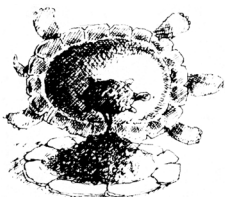
—Qué olor a podrido —repetía la tortuga.

Y así hasta que el pajarraco perdió su última paciencia, se inclinó bruscamente y la arrojó a tierra. Dios bajó del cielo y juntó los pedacitos. En el caparazón se le ven los remiendos.²



² Eduardo Galeano. *Memoria del Fuego I*. México: Siglo XXI Editores, 1991.

Simbología



EN ÉPOCA MATRIARCAL, LA TORTUGA había sido un símbolo que se identificaba con la Diosa de la Justicia, que presidía las funciones que ejercían sus representantes juezas en la tierra cuando ejercían sus funciones judiciales, a cuyo dictado los varones habían de cumplir sus sentencias. Tras la apropiación patriarcal de la función judicial, y como reacción contra del antiguo poder femenino y cansados de actuar a su dictado, se desvalorizó el antiguo símbolo, convirtiéndose en el símbolo del silencio.

Ernest Aeppli nos dice que la tortuga encarna el ser protector y tiene algo del primitivo silencio de la vida porque al sentirse en peligro consigue siempre replegarse en sí misma.

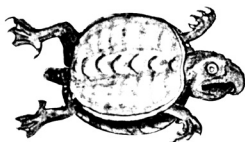
Juan Eduardo Cirlot apunta que en alquimia la tortuga simboliza la “masa confusa” y que en la mayoría

de los casos es un símbolo de la realidad existencial. Agrega que, por su lentitud, pudiera simbolizar la evolución natural, contrapuesta a la evolución espiritual rápida o discontinua en mayor grado.

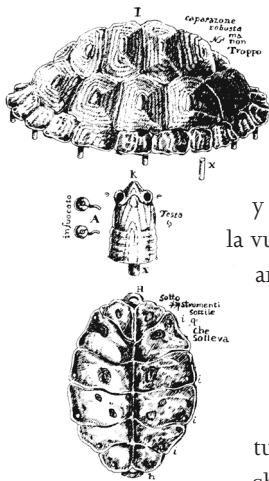
J. Cola en su libro *Tatuajes y amuletos marroquíes* asegura que para los negros de Nigeria la tortuga es similar al sexo femenino y que por lo tanto se le atribuye el sentido emblemático de la lujuria.

J. A. Pérez Rioja afirma que la tortuga es un emblema clásico de lentitud y de longevidad.

La tortuga presenta el mayor símbolo de longevidad, estabilidad, equilibrio, buena fortuna, apoyo y protección.



El otro día me compré una docena de huevos de tortuga porque tenía muchos años de no comerlos, desde que yo era chica. Mi papá nos llevaba en la noche a la pesca de los huevos de tortuga. Las tortugas llegan del mar y se entierran en la arena, sufren y se cansan porque ponen muchas docenas. Hasta el fondo ponen una docena y luego la tapan y ponen otra docena, y se suben arriba y tapan otra docena y ponen la otra y luego la otra docena, la vuelven a tapar con arena y luego más arriba ponen la otra docena hasta que se vacían toditas. Ya para irse cubren la última capa y se meten al mar. [...]



Son chistosos esos animales. Las tortugas nacen caminando, y se van derecho al agua. Allí se hunden como los pescaditos. Se parecen también a las víboras, las víboras chiquitas rompen el cascarón y luego luego echan a correr.

Elena Poniatowska
Hasta no verte Jesús mío.

LOS PRIMEROS ANCESTROS DE los quelonios actuales aparecieron en el Triásico y eran fundamentalmente terrestres. Poseían desde el principio su característico caparazón y sustituyeron los dientes por un pico córneo. Su grupo principal es el de los Criptodiros surgido en el Cretáceo. Este grupo dio origen a varios tipos capaces de vivir en cualquier lugar, como desiertos, ríos, pantanos, lagos o alta mar, y de comer desde hierbas hasta lagartos; lo que les ha permitido vivir por más de ciento cincuenta millones de años.

La tortuga ha ido modificando su caparazón para adaptarse a los diferentes medios, gracias a eso, ha aumentado la supervivencia. La tortuga de mar redujo el grosor de su concha para nadar con mayor agilidad; las de agua dulce desarrollaron una concha muy plana para enterrarse más fácilmente, mientras que la tortuga del desierto se protegió del calor y de la pérdida de humedad con una buena carga ósea.

En cuanto a las patas, los quelonios terrestres las han desarrollado de diversas formas, casi siempre elefantinas; y los acuáticos las poseen en forma de remos o aletas.

Antes se pensaba que las tortugas no tenían voz, ahora se sabe que además de tenerla pueden oír sonidos de baja frecuencia recogiendo las vibraciones del suelo o del agua en sus caparazones. Realmente las tortugas no son acuáticas sino reptiles anfibios porque la pesada concha en que viven es demasiado estorbo

para una vida de natación; sin embargo, el carapacho les ha sido muy útil, inclusive para aquellas especies que han modificado sus costumbres ancestrales reduciendo la parte ósea de la concha.

Parece ser que la tortuga cut es la más adaptada al agua, pesa hasta setecientos kilos y ha perdido la parte dura del carapacho. No obstante, la tortuga verde es la mejor nadadora. Estas dos especies se mueven por la playa como si estuvieran nadando, en cambio el resto camina como los cuadrúpedos.

Las tortugas hacen nidos para depositar sus huevos a las orillas de los ríos, en los desiertos y en los pantanos. Las tortugas de mar son emigrantes, acuden en inmensas colonias a las playas ocupando muchas millas. Los investigadores han descubierto hasta tres arribadas por año; esperan el anochecer antes de ganar las playas. La tortuga hembra excava para depositar sus huevos, cuando ha puesto un centenar tapa el nido y se aleja. Durante siglos los huevos de tortuga han venido recogándose por millones y se matan millares de tortugas para consumir la carne. Una tortuga macho después de nacida penetra en el mar y es raro que vuelva a tierra firme.

El galápagos pesa hasta doscientos cincuenta kilos y tiene caparazones inmensos. Este reptil dio nombre a las islas Galápagos que tienen aspecto fantástico debido a que fuera de algunas ratas no hubo mamíferos que sobrevivieran; en su lugar se desarrollaron las más singulares especies de reptiles. El galápagos podía vivir

más de un siglo, pero doscientos años de matanza lo ha puesto al borde de la extinción.

Las tortugas son quelonios de tamaño y peso variable (oscilan desde algunos centímetros hasta casi dos metros de longitud y de unos pocos gramos hasta media tonelada de peso). Se caracterizan por su caparazón, en él se distingue un espaldar y un peto, que recubren la mayor parte de su cuerpo y donde el animal puede retraerse por completo; suele ser córneo, pero puede ser coriáceo. Las mandíbulas poseen un pico córneo y carecen de dientes. Existen tortugas terrestres, de agua dulce y marinas; de patas en garras, las primeras, y palmeadas que se transforman en aletas natatorias las últimas. Pueden ser frugívoras, omnívoras y predadoras. Son ovíparas y muy longevas; el desove se produce en nidos, formados por huecos cóncavos excavados en la tierra, arena, etc. Las especies acuáticas van a la playa a desovar un número crecido de huevos que se desarrollan gracias al calor solar. Las crías al nacer se dirigen al mar, pero vuelven a la misma playa para el desove.

Las principales especies son las siguientes:

La tortuga aligator o caimán, quelídrido *Macrochelys temminckii*.

La tortuga almizclada, quinostérnido *Sternotherus odoratus*, con espaldar de 13 cm. de longitud carenado. Posee cabeza grande, hocico de fuertes mandíbulas sin forma de pico y cola corta, terminada en una uña obtusa en

los machos y afilada en las hembras; tiene glándulas de sustancia maloliente, es de agua dulce, predadora y vive en la parte oriental de América Septentrional.

La tortuga arrau pelomedúsimo *Podocnemis expansa*, con espaldar deprimido y dilatado posteriormente, mide 80 cm. y pesa 25 kg. Presenta dos apéndices dérmicos colgantes en la barba y es de agua dulce y vegetariana; sus huevos son comestibles, muy apreciados, y se recogen por millares en los bancos de arena cercanos a los ríos que habita. Viven en América Meridional.

La tortuga articulada o dentada testudínido *Kinixys erosa*, con un espaldar de 25 cm. de long. y móvil respecto al peto, lo que le permite encerrarse en su caparazón; es terrestre, diurna y vive en zonas secas y calurosas de África Occidental.

La tortuga blanda africana, trioníquido *Amyda triunguis*, con espaldar de 80 cm. de longitud, presenta caparazón discoide plano, cabeza alargada y hocico terminado en trompa; es de agua dulce, nocturna y predadora; vive en África, especialmente en el Nilo, el Congo y Senegal.

La tortuga blanda de la India, trioníquido *Tryonix punctatus*, con espaldar de 25 cm. de longitud, borde posterior del peto con amplias expansiones cutáneas y pico alargado; de agua dulce y predadora. Vive en la India.

La tortuga boba, quelónido *Caretta caretta*, de 1.30 metros de longitud. Tiene el espaldar completamente osificado, cordiforme, con placas córneas yuxtapuestas;

marina y de amplia difusión, es comestible (sopas). Vive en los mares tropicales y subtropicales.

La tortuga boba papuana, caretoquélido *Carettochelys insculpta*, de 50 cm. de longitud, presenta el espaldar cordiforme, fuertemente carenado. Es de agua dulce, vive en Nueva Guinea.

La tortuga caja o de Carolina, testudínido *Terrapone carolina*, con espaldar de 15 cm., posee peto articulado, que al retraerse el animal, se pone en contacto con el espaldar, y cierra el caparazón; terrestre y omnívora. Es animal de terrario y vive en la zona oriental de América del Norte.

La tortuga caparazón liso americana, trioníquido *Amyda spinifera*, de 37 cm. de longitud (los machos menores que las hembras), presenta tubérculos y hocico larguísimo y móvil. Es de agua dulce, predatora y comestible. Vive en América del Norte.

La tortuga carey, quelónido *Eretmochelis imbricata*. Quelonio de 1 metro de longitud aproximadamente, cuyo espaldar en forma de corazón no está osificado, tiene escamas córneas, amplias, imbricadas, de color café jaspeado de negro y el peto amarillo. Vive en todos los mares cálidos y era buscada por la belleza de sus placas córneas que se utilizan para hacer cajas, peines, etc., e incrustaciones. Vive treinta años; su carne es poco apreciada. Actualmente está prohibido recolectar sus huevos.

La tortuga de cabeza ancha, platistérnido *Platysterman megacephalum*, de 40 cm. de longitud, de los que 17

corresponden a la cola, 14 al caparazón y 9 a la cabeza y cuello. Presenta una gran placa córnea en la cabeza y anillos de escamas córneas en la cola; es de agua dulce y vive en Birmania, China y Tailandia.

La tortuga de fango, quinostérnido *Kinosternon subrubrum*. Género de quelonios tecóforos, con el escudo de pequeño tamaño (12 cm.), que en los jóvenes tiene tres carenas y es completamente liso en los adultos. Comprende 15 especies, que viven en América del Norte.

La tortuga de Hermann, testudínido *Testudo hermani*, de 30 cm. de longitud, de los que 6 corresponden a la cola, y 2 kg. de peso. Es de color amarillento oscuro en los bordes y en el centro de las placas del espaldar. Presenta cola terminada en un recubrimiento córneo, a modo de espolón. Terrestre, de agua dulce, vegetariana y omnívora. Durante el invierno se aletarga en galerías que excava en el suelo, en la región mediterránea.

La tortuga de jardín o griega, testudínido *Testudo graeca*, posee tubérculos cónicos en los muslos y lóbulo posterior del peto con cierta movilidad; de costumbres similares a las de la especie anterior, resiste el ayuno y llega a vivir más de cien años. Vive en la zona mediterránea.

La tortuga de las islas Galápagos, con espaldar de más de 1 m de longitud, incluye varias especies que vivían en estas islas, muchas de las cuales han sido exterminadas. Quedan ya pocas especies que son diurnas, terrestres

y vegetarianas y que viven más de cien años; destacan las especies *Testudo nigrita*, *T. darwini*, *T. elephantopus*, *T. phantastica* y *T. wallacei*.

La tortuga de presa americana o mordedora, quelídrido *Chelydra serpentina*, de 1 metro de longitud, y sólo 20 kg. de peso (lo que se justifica porque su caparazón mide menos de la mitad de la longitud total), es de agua dulce, terrestre, predadora y nocturna. Vive en América Central y del Norte.

La tortuga del desierto, testudínido *Gopherus agassizii*, con espaldar de 28 cm. de longitud. Es terrestre, vegetariana y diurna; vive en las zonas desérticas de América del Norte.

La tortuga elefantina, testudínido *Testudo elephantina*, con espaldar de 1.25 metro de longitud, y hasta 100 kg. de peso. Presenta la cola corta acabada en una formación córnea, similar a una garra, es terrestre y vive en las islas Aldabra, Mauricio, Rodríguez y Madagascar.

La tortuga franca, verde o comestible, quelónido *Chelonia mydas*, con espaldar cordiforme, de 1.10 metro de longitud, 1 .60 metro de longitud, total y hasta media tonelada de peso. Tiene el caparazón de color verde, jaspeado de amarillo, es marina y vegetariana y su carne es muy apreciada. Vive en los mares tropicales y subtropicales.

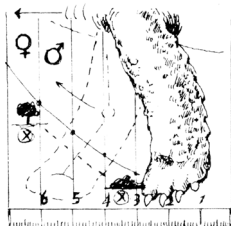
La tortuga laúd, dermoquelido *Dermochelys coriacea*. En la tortuga laúd, el caparazón no es córneo, sino coriáceo, y en el espesor del cuero hay metidos nume-

rosos huesecillos poligonales, a modo de mosaico. Esta especie es marina y de gran tamaño.

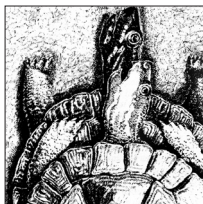
La tortuga marginada, testudínido *Testudo marginata*, similar a la griega, con caparazón de 30 cm. de longitud, es omnívora y vive en Cerdeña.

La tortuga tabasco, dermatemídido *Dermatemys mawii*, la única especie de la familia, con caparazón de 40 cm. de longitud, es de agua dulce y vive en América Central.

La tortuga tricarenada, quinostérnido *Staurotypus triporcatus* con espaldar de 35 cm. de longitud, tricarenado, y peto muy pequeño en forma de cruz. Es de agua dulce, similar a la tortuga de fango y vive en México y en Guatemala.



Vida sexual



“TRÁENSE DEL MAR DE la India tortugas de tanta grandeza que basta la concha de una de ellas por techumbre de una casa que se pueda habitar y sirven en las ínsulas, principalmente del mar Bermejo, de barcas. Cázan-

las de muchas maneras y la principal cuando, combidadas con la blanca templanza de antes de mediodía, se dexan ir por cima del agua, descubierta toda la espalda, y discurren por el mar sosegado llevándolas el deleite de poder libremente respirar, tan engañadas y olvidadas de sí que, enxuta con el calor del sol la concha, no pueden tornar a zambullirse y vacilan contra su voluntad en la sobre haz de las aguas muy aparejadas para la rapiña de los pescadores. Cuéntase también que, saliendo de noche a los pastos, comentan cobdiciosamente que, quedando cansadas, cuando por la marea buelven se duermen sobre el agua, manifestándolo su

ronquido, y así con grande facilidad asidas, entrando tres hombres, de los cuales dos las trastornen sobre la espalda y el otro las ate, y ansí las traigan muchos a la tierra. Péscanse en el mar de Phenicia sin ninguna dificultad y viene grande muchedumbre de ellas al río Eleutero.

“Carecen de dientes, porque tienen lo postrero del hozico agudo, y encierra la parte alta a la baja a manera de buxeta. Mantiénense en la mar de pescados de concha, porque tienen la boca tan dura que desmenuzan, si es menester, una piedra, y salidas a lo seco, las hierbas. Los huevos que ponen son semejantes a los de las aves, hasta número de cien, y cubiertos fuera del agua con tierra que ellas allanan con su pecho, se echan sobre ellos a las noches. Sacan en espacio de un año a los hijos. Algunos creen empollar los huevos con sólo mirarlos o no mirarlos. No se dexan tomar las hembras hasta que les pone el macho un palillo sobre la espalda, viendo que rehúsan la conversación”.³

Don Francisco Hernández, traductor de Plinio, anota con relación a lo anterior lo siguiente:

Las tortugas terrestres (como cuenta Eliano) son muy luxuriosas y, según refiere de autoridad de Demóstrato, después del acto, por no poderse bolver las hembras boca abaxo, quedan hechas rapiñas de las águilas. Por lo cual los huyen y evitan, más ellas toman cierta hierba

³ Cayo Plinio Segundo. *Historia Natural*, “De las tortugas y de qué manera se hacen”. México: UNAM, 1966.

en la boca, la cual tiene propiedad de tener hembra olvidada de su salud y hazerla obediente a su luxuria. Oppiano no se acordó de esta hierba, pero dize que las tortugas hembra temen y aborrecen el ayuntamiento con los machos por no sentir en el coito deleite alguno, pero grave dolor por ser el miembro genital del macho como un aguijón muy agudo, duro y osuoso, y que por esta causa pelean entre sí y se despedazan con los dientes y hozicos. Ellas huyendo este curso, y cobdi-ciándolo ellos más cuanto más lo rehúsan y abominan las hembras, toman, en fin, por fuerza el deleite que voluntariamente nunca les concedieron.⁴

Jean Rostand en *El apareamiento de las tortugas* tiene a bien mencionar:

Las grandes especies acuáticas y pelágicas: las tortugas laúd y los quelonios se juntan los sexos y se supone que permanecen apareados. El acoplamiento, mediante un pene sencillo, se verifica en el mar y las hembras salen del agua para ir a poner sus huevos, en número de un centenar o más, en las playas vecinas; escarban la tierra con sus patas traseras hasta formar una cubeta cónica en la que depositan la postura, que recubren enseguida por el mismo procedimiento; el sol se encarga de incubarlos. En estos animales, la aproximación de los sexos puede durar de 15 a 30 días sin que el macho abandone a la hembra. Aquél presenta en las tortugas de tierra, una concavidad en la parte media de su plastrón ventral y tal

⁴ Ibid.

depresión debe ajustarse más o menos a la convexidad de la concha de la hembra. Entre las tortugas terrestres gigantes, los machos, durante sus expansiones amorosas, producen una especie de ladrido, mientras las hembras permanecen mudas. Cabalgando sobre la parte posterior de la hembra, que no se inmuta y que sigue caminando, los machos realizan grandes esfuerzos para llegar a acoplarse; no lo consiguen hasta que la hembra se detiene. Entonces empujan el cuerpo hasta poner la concha casi vertical; la posición del macho, en un equilibrio por demás inestable, el choque de las conchas, las repetidas tentativas sin resultado forman un conjunto que puede tomarse como *prototipo de los amores difíciles*.

Según Cunnigham, el macho de una pequeña especie semi-acuática americana —emida pintada— hostiga sin cesar a la hembra, procura detenerla y en cuanto lo consigue se le monta encima y le golpea la cabeza y los ojos con las garras de sus patas delanteras, con tanta velocidad que la vista no alcanza a seguir sus movimientos. Ante caricias de semejante naturaleza, la hembra hace esfuerzos por escapar, pero el macho la persigue sin tregua hasta que logra su objeto.

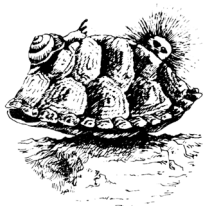
En materia de brutalidad, la cistuda de Europa o tortuga cenagosa de los charcos y de los estanques de nuestro país, gana a sus congéneres. Se une con la hembra en casi todas las épocas del año sin más excepción que los meses más fríos del invierno. Para el apareo, el macho monta a la hembra a veces durante varios días, lo mismo en la tierra que en el agua, y ella va de

un lado a otro sin aparentar emoción alguna; pero el macho porfía hasta inmovilizarla; le impide sacar la cabeza del caparazón, si se hallan en tierra, o de levantar la cabeza para respirar, si la pareja está dentro del agua. ¿Por ventura, la hembra pretende resistir? El macho la muerde con sus potentes mandíbulas hasta arrancarle las placas cefálicas o hasta desollarle el cuello. Cuando el macho ha logrado inmovilizar a su compañera, suelta la concha que estaba sujetando con sus patas delanteras y endereza el cuerpo echándolo hacia atrás, mientras se agarra con las extremidades posteriores. Después baja la cola y practica la cópula. A veces comparece un segundo macho que pretende participar en las bodas; ataca y muerde al primero, procura desalojarlo de su posición; si no lo consigue, se encarama sobre el primer ocupante y la hembra tiene que soportar el doble peso.⁵



⁵ Jean Rostand; Lucien Berland; Carlos Soldevila (trad.). *Costumbres amorosas de los animales*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2a. ed., 1945.

AQUILES Y LA TORTUGA



Zenón de Elea: La paradoja de Aquiles

La paradoja consiste en que el más lento (la tortuga) no será alcanzado jamás, en una carrera, por el más veloz (Aquiles), pues es necesario que el perseguidor llegue primero al lugar del que ha partido el perseguido, de manera que el más lento (la tortuga) lo precederá necesariamente siempre, por alguna distancia.

Jorge Luis Borges: La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga

Las implicaciones de la palabra joya —valiosa pequeñez, delicadeza que no está sujeta a la fragilidad, facilidad suma de traslación, limpidez que no excluye lo impenetrable, flor para los años— la hacen de uso legítimo aquí. No sé de mejor calificación para la paradoja de Aquiles,

tan indiferente a las decisivas refutaciones que desde más de veintitrés siglos la derogan, que ya podemos saludarla inmortal. Las reiteradas visitas del misterio que esa perduración postula, las finas ignorancias a que, fue invitada por ella la humanidad, son generosidades que no podemos no agradecerle. Vivámosla otra vez, siquiera para convencernos de perplejidad y de arcano íntimo. Pienso dedicar unas páginas —unos compartidos minutos— a su presentación y a la de sus correctivos más afamados. Es sabido que su inventor fue Zenón de Elea, discípulo de Parménides, negador de que pudiera suceder algo en el universo.

La biblioteca me facilita un par de versiones de la paradoja gloriosa. La primera es la del hispanísimo Diccionario Hispano-Americano, en su volumen vigésimo tercero, y se reduce a esta cautelosa noticia: *El movimiento no existe: Aquiles no podría alcanzar a la perezosa tortuga.* Declino esa reserva y busco la menos apurada exposición de G. H. Lewes, cuya *Biographical History of Philosophy* fue la primera lectura especulativa que yo abordé, no sé si vanidosa o curiosamente. Su exposición: Aquiles, símbolo de rapidez, tiene que alcanzar a la tortuga, símbolo de morosidad. Aquiles corre diez veces más ligero que la tortuga y le da diez metros de ventaja. Aquiles corre esos diez metros, la tortuga corre uno; Aquiles corre ese metro, la tortuga corre un decímetro; Aquiles corre ese decímetro, la tortuga corre un centímetro; Aquiles corre ese centímetro, la

tortuga un milímetro; Aquiles el milímetro, la tortuga un décimo de milímetro, y así infinitamente, de modo que Aquiles puede correr para siempre sin alcanzarla. Así la paradoja inmortal.

Paso a las llamadas refutaciones. Las de mayores años —la de Aristóteles y la de Hobbes— están implícitas en la formulada por Stuart Mill. El problema, para él, no es más que uno de tantos ejemplos de la falacia de confusión. Cree, con esta distinción, abrogarlo:

En la conclusión del sofisma, *para siempre* quiere decir cualquier imaginable lapso; en las premisas, cualquier número de subdivisiones de tiempo. Significa que podemos dividir diez unidades por diez, y el cociente otra vez por diez, cuantas veces queramos, y que no encuentran fin las subdivisiones del recorrido, ni por consiguiente las del tiempo en que se realiza. Pero un ilimitado número de subdivisiones puede efectuarse con lo que es limitado. El argumento no prueba otra infinitud de duración que la contenible en cinco minutos. Mientras los cinco minutos no hayan pasado, lo que falta puede ser dividido por diez, y otra vez por diez, cuantas veces se nos antoje, lo cual es compatible con el hecho de que la duración total sea cinco minutos. Prueba, en resumen, que atravesar ese espacio finito requiere un tiempo infinitamente divisible, pero no infinito. (Mill—*Sistema de lógica*, libro quinto, capítulo siete).

No anteveo el parecer del lector, pero estoy sintiendo que la proyectada refutación de Stuart Mill no

es otra cosa que una exposición de la paradoja. Basta fijar la velocidad de Aquiles a un segundo por metro, para establecer el tiempo que necesita:

$$10 + 1 + \frac{1}{10} + \frac{1}{100} + \frac{1}{1000} + \frac{1}{10000} \dots$$

El límite de la suma de esta infinita progresión geométrica es doce (más exactamente, once y un quinto; más exactamente, once con tres veinticincoavos), pero no es alcanzado nunca. Es decir, el trayecto del héroe será infinito y éste correrá para siempre, pero su derrotero se extenuará antes de doce metros, y su eternidad no verá la terminación de doce segundos. Esa disolución metódica, esa ilimitada caída en precipicios cada vez más minúsculos, no es realmente hostil al problema: es imaginárselo bien. No olvidemos tampoco de atestiguar que los corredores decrecen, no sólo por la disminución visual de la perspectiva, sino por la disminución admirable a que los obliga la ocupación de sitios microscópicos. Realicemos también que esos precipicios eslabonados corrompen el espacio y con mayor vértigo el tiempo vivo, en su doble desesperada persecución de la inmovilidad y del éxtasis.

Otra voluntad de refutación fue la comunicada en mil novecientos diez por Henry Bergson, en el notorio *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*: nombre que comienza por ser una petición de principio.

Aquí está su cita:

Por una parte, atribuimos al movimiento la divisibilidad misma del espacio que recorre, olvidando que puede dividirse bien un objeto, pero no un acto; por otra, nos habituamos a proyectar este acto mismo en el espacio, a aplicarlo a la línea que recorre el móvil, a solidificarlo, en una palabra. De esta confusión entre el movimiento y el espacio recorrido nacen, en nuestra opinión, los sofismas de la escuela de Elea; porque el intervalo que separa dos puntos es infinitamente divisible, y si el movimiento se compusiera de partes como las del intervalo, jamás el intervalo sería franqueado. Pero la verdad es que cada uno de los pasos de Aquiles es un indivisible acto simple, y que después de un número dado de estos actos, Aquiles hubiera adelantado a la tortuga.

La ilusión de los Eleatas provenía de la identificación de esta serie de actos individuales *sui generis*, con el espacio homogéneo que los apoya. Como este espacio puede ser dividido y recompuesto según una ley cualquiera, se creyeron autorizados a rehacer el movimiento total de Aquiles, no ya con pasos de Aquiles, sino con pasos de tortuga. A Aquiles persiguiendo una tortuga sustituyeron, en realidad, dos tortugas regladas la una sobre la otra, dos tortugas de acuerdo en dar la misma clase de pasos o de actos simultáneos, para no alcanzarse jamás. ¿Por qué Aquiles

adelanta a la tortuga? Porque cada uno de los pasos de Aquiles y cada uno de los pasos de la tortuga son indivisibles en tanto que movimientos, y magnitudes distintas en tanto que espacio: de suerte que no tardará en darse la suma, para el espacio recorrido por Aquiles, como una longitud superior a la suma del espacio recorrido por la tortuga y de la ventaja que tenía respecto de él. Es lo que no tiene en cuenta Zenón cuando recompone el movimiento de Aquiles, según la misma ley que el movimiento de la tortuga, olvidando que sólo el espacio presta a un modo de composición y descomposición arbitrarias, y lo confunde así con el movimiento. (*Datos inmediatos*, versión española de Barnés, páginas 89, 90. Corrijo, de paso alguna distracción evidente del traductor).

El argumento es concesivo. Bergson admite que es infinitamente divisible el espacio, pero no el tiempo. Exhibe dos tortugas en lugar de una para distraer al lector. Acollara un tiempo y un espacio que son incompatibles: el brusco tiempo discontinuo de James, con su *perfecta efervescencia de novedad*, y el espacio divisible hasta lo infinito de la creencia común.

Arribo, por eliminación, a la única refutación que conozco, a la única de inspiración condigna del original, virtud que la estética de la inteligencia está reclamando. Es la formulada por Russell. La encontré en la obra nobilísima de William James, *Some problems of*

Philosophy, y la concepción total que postula puede estudiarse en los libros ulteriores de su inventor —*Introduction to mathematical philosophy*, 1919; *Our knowledge of the external world*, 1926— libros de una lucidez inhumana, insatisfactorios e intensos. Para Russell, la operación de contar es (intrínsecamente) la de equiparar dos series. Por ejemplo, si los primogénitos de todas las casas de Egipto fueron muertos por el Ángel, salvo los que habitaban en casa que tenía en la puerta una señal roja, es evidente que tantos se salvaron como señales rojas había, sin que esto importe enumerar cuántos fueron. Aquí es indefinida la cantidad; otras operaciones hay en que es infinita también. La serie natural de los números es infinita, pero podemos demostrar que son tantos los impares como los pares.

Al 1 corresponde el 2.

Al 3 corresponde el 4.

Al 5 corresponde el 6, etcétera.

La prueba es tan irreprochable como baladí, pero no difiere de la siguiente de que hay tantos múltiplos de tres mil dieciocho como números hay.

Al 1 corresponde el 3018.

Al 2 corresponde el 6036.

Al 3 corresponde el 9054.

Al 4 corresponde el 12072, etcétera.

Lo mismo puede afirmarse de sus potencias, por más que éstas se vayan rarificando a medida que progreseemos.

Al 1 corresponde el 3018.

Al 2 corresponde el 30182, el 9 1008 324.

Al 3..., etcétera.

Una genial aceptación de estos hechos ha inspirado la fórmula de que una colección infinita —verbigracia, la serie de los números naturales— es una colección cuyos miembros pueden desdoblarse a su vez en series infinitas. La parte, en esas elevadas latitudes de la numeración, no es menos copiosa que el todo: la cantidad precisa de puntos que hay en el universo es la que hay en un metro de universo, o en un decímetro, o en la más honda trayectoria estelar. El problema de Aquiles cabe dentro de esa heroica respuesta. Cada sitio ocupado por la tortuga guarda proporción con otro de Aquiles, y la minuciosa correspondencia, punto por punto, de ambas series simétricas, basta para publicarlas iguales. No queda ningún remanente periódico de la ventaja inicial dada a la tortuga: el punto final en su trayecto, el último en el trayecto de Aquiles y el último en el tiempo de la carrera, son términos que matemáticamente coinciden. Tal es la solución de Russell. James, sin recusar la superioridad técnica del contrario, prefiere disentir. Las declaraciones de Russell (escribe)

eluden la verdadera dificultad, que atañe a la categoría creciente del infinito, no a la categoría estable, que es la única tenida en cuenta por él, cuando presupone que la carrera ha sido corrida y que el problema es el de equilibrar los trayectos. Por otra parte, no se precisan dos: el de cada cual, de los corredores o el mero lapso del tiempo vacío, implica la dificultad, que es la de alcanzar una meta cuando un previo intervalo sigue presentándose vuelta a vuelta y obstruyendo el camino. (*Some problems of Philosophy*, 1911, p. 181.)

He arribado al final de mi noticia, no de nuestra cavilación. La paradoja de Zenón de Elea, según indicó James, es atentatoria no solamente a la realidad del espacio, sino a la más invulnerable y fina del tiempo. Agrego que la existencia en un cuerpo físico, la permanencia inmóvil, la fluencia de una tarde en la vida, se alarman de aventura por ella. Esa descomposición, es mediante la sola palabra infinito, palabra (y después concepto) de zozobra que hemos engendrado con temeridad y que una vez consentida en un pensamiento, estalla y lo mata. (Hay otros escarmientos antiguos contra el comercio de tan alevosa palabra: hay la leyenda china del cetro de los reyes de Liang, que era disminuido en una mitad por cada nuevo rey; el cetro, mutilado por dinastías, persiste aún). Mi opinión, después de las calificadísimas que he presentado, corre el doble riesgo de parecer impertinente y trivial. La formularé, sin embargo: Zenón es incontestable, salvo que confesemos la idea-

lidad del espacio y del tiempo. Aceptemos el idealismo, aceptemos el crecimiento concreto de lo percibido, y eludiremos la pululación de abismos de la paradoja.

¿Tocar a nuestro concepto del universo, por ese pedacito de tiniebla griega?, interrogará mi lector.⁶

Julio Cortázar: Tortugas y cronopios

Ahora pasa que las tortugas son grandes admiradoras de la velocidad, como es natural. Las esperanzas lo saben, y no se preocupan. Los fámás lo saben, y se burlan. Los cronopios lo saben, y cada vez que encuentran una tortuga, sacan la caja de tizas de colores y sobre la redonda pizarra de la tortuga dibujan una golondrina.⁷

Enrique González Rojo: Animales en busca de su fábula

*no todo tiene
liebre albedrío
para
alcanzar
a la
tortuga*

no todo tiene
liebre albedrío
para
alcanzar
a la
tortuga.⁸

⁶ Jorge Luis Borges. *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1964.

⁷ Julio Cortázar. *Cuentos completos 1*. México: Alfaguara, 1995, p. 501.

⁸ Enrique González Rojo. *El antiguo relato del principio y otros*

Gibrán Jalil Gibrán: Arena y espuma

La tortuga puede hablar más del camino que la liebre.⁹

Augusto Monterroso: La tortuga y Aquiles

Por fin, según el cable, la semana pasada la Tortuga llegó a la meta.

En rueda de prensa declaró modestamente que siempre temió perder, pues su contrincante le pisó todo el tiempo los talones.

En efecto, una diezmiltrillonésima de segundo después, como una flecha y maldiciendo a Zenón de Elea, llegó Aquiles.¹⁰

Paul Valéry: Cementerio marino

¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea!

Me has traspasado con la flecha alada
que, cuando vibra volando, no vuela.

Me crea el son y la flecha me mata.

¡Oh sol, oh sol! ¡Qué sombra de tortuga

para el alma: si en marcha Aquiles, quieto!¹¹

poemas. México, 1975.

⁹ Gibrán Jalil Gibrán; Leonardo S. Kaim (trad.). México: Arena y espuma, 1973.

¹⁰ Augusto Monterroso. *La oveja negra y demás fábulas*. México: Joaquín Mortiz, 1973.

¹¹ Paul Valéry; Jorge Guillén (trad.). *Algunos poemas*. Barcelona: Libres de Sinera, 1972.

SU CAPARAZÓN

Aristófanes: *Las avispas*

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas!
cuánto envidia la dura concha que defiende
vuestro cuerpo. Qué sabias y previsoras fuisteis
al cubriros la espalda con un impenetrable escudo.¹²

Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*

—Ármeme norabuena —replicó Sancho.

Y al momento trujeron dos paveses, que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo, que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase, y los guiase, y animase a todos; que siendo él su norte, su linterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas

¹² Aristófanes; Angel María Garibay (trad.). *Las avispas*. México: UNAM, 1972.

tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme, atravesado o en pie, en algún postigo; que yo le guardaré, o con esta lanza, o con mi cuerpo.

—Ande, señor gobernador —dijo otro—; que más el miedo que las tablas le impiden el paso; acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue a dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artesas, o bien así como barca que da al través de la arena; y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces, y a reiterar el “¡arma!” con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador; el cual, en aquella estrechez recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba a Dios, que de aquel peligro lo sacase.¹³

¹³ El Quijote. Segunda parte, capítulo LIII. México: Espasa-Calpe, 1973.

Joris-Karl Huysmans: Al revés

Se acordaba de haber dado sus señas a un lapidario, mucho tiempo antes, para la entrega de un encargo.

El señor en cuestión saludó y colocó en el comedor, sobre el entarimado de pitchpin, su escudo, que osciló alzándose un poco, alargando una cabeza serpentina de tortuga, que asustada de pronto volvió a meterse en su caparazón.

Esta tortuga era un capricho ocurrido a Des Esseintes algún tiempo antes de su marcha de París. Un día mirando un tapiz de Oriente con reflejos, y siguiendo los esplendores argénteos que corrían por la trama de la lana amarillo aladino y morado ciruela, se había dicho:

“Estaría bien colocar encima de este tapiz algo que se moviera y cuyo tono oscuro agudizara la vivacidad de estas tintas”.

Poseído por tal idea, había vagado al azar de las calles, había llegado al Palais-Royal, y ante la vitrina de Chevet, se había dado una palmada en la frente. Allí estaba una tortuga enorme, en una tina, y la había comprado. Después, tras de abandonarla encima del tapiz, se había sentado ante ella y la había contemplado largo rato, guiñando los ojos.

Decididamente, el color cabeza de negro, el tono siena crudo de este caparazón manchaba los reflejos del tapiz sin activarlos. Apenas si brillaban ya los resplandores dominantes de plata, reptando con los tonos fríos del cinc raspado, junto a esta concha dura y tierna.

Se roía las uñas, buscando el medio de conciliar esas desavenencias, de impedir el divorcio resuelto de esos tonos. Por fin descubrió que era falsa su idea primitiva, consistente en querer atizar los fuegos de la estofa con el balanceo de un objeto sombrío puesto encima. En resumen, el tapiz estaba todavía demasiado visible, demasiado petulante, demasiado nuevo. Los colores no estaban lo suficientemente desvaídos y amenguados. Era preciso volver la oración por pasiva, amortiguar los tonos, apagarlos por el contraste de un objeto reluciente que lo aplacara todo a su alrededor, que despidiera la luz de oro sobre la plata pálida. Planteada así la cuestión, resultaba fácil de resolver. En consecuencia, Des Esseintes se decidió a hacer chapar de oro la coraza de su tortuga.

Una vez devuelto del taller del platero que hubo de hospedarle, el animal fulguró como un sol, centelleó sobre el tapiz, cuyas tintas vencidas se debilitaron con irradiaciones de payés visigodo con escamas doradas por un artista de gusto bárbaro.

Des Esseintes, al pronto, quedó encantado de este efecto. Luego pensó que la gigantesca alhaja sólo estaba esbozada, y que no resultaría verdaderamente completa hasta después de incrustarla de piedras raras.

Escogió en una colección japonesa un dibujo que representaba un enjambre de flores emergiendo, en forma de mazorca, de un tallo delgado, y lo llevó a casa de un joyero. Diseñó una cenefa que encerraba este ramo en un marco oval, e hizo saber al lapidario

estupefacto que las hojas y los pétalos en cada una de esas flores serían ejecutados en pedrerías y montados en la propia concha del animal.

Al fin se decidió por minerales cuyos reflejos debían alternarse: por jacinto de Compostela, rojo caoba; el alga marina, verde glauco; el rubí-escoba, rosa vinagre; el rubí de Sudermania, pizarra pálido. Sus débiles tornasolados bastaban para alumbrar las tinieblas de la concha y dejaban en todo su valor la floración de pedrerías que rodeaban con una fina guirnalda de luces vagas.

Arrellanado en un rincón de su comedor, Des Esseintes miraba ahora a la tortuga que rutilaba en la penumbra.

Se sintió perfectamente dichoso. Sus ojos se embriagaban con esos resplandores de corolas llamando sobre un fondo de oro...

Se levantó para romper el horrible encanto de esta visión, y vuelto a la vida presente, se preocupó por la tortuga.

No se movía. La palpó; estaba muerta. Sin duda, habituada a una existencia sedentaria, a una humilde vida pasada bajo su pobre caparazón no había podido soportar el lujo deslumbrador que se le imponía, la rutilante chapa con que se la había vestido, las pedrerías con que se le había empedrado el lomo como si fuera una custodia.¹⁴

¹⁴ Joris-Karl Huysmans; Germán Gómez de la Mata (trad.). *Al revés*. México: Centauro, 1941.

Andrés Henestrosa: Bigú

El día en que dios repartió los nombres entre los animales, la tortuga no estuvo presente. Tampoco Noé la encontró cuando anduvo por la tierra juntando a todas las criaturas del Señor, para llevarlas en su arca al cielo. Porque la tortuga vino al mundo después del Diluvio.

El agua desprendida del cielo durante la noche larga del Diluvio Universal fue bajando de nivel hasta que la tierra, desnuda, se tendió a secar al sol.

Entonces Dios mandó a muchos animales a averiguar si era tiempo de que volvieran a poblarla. Entre ellos vino el zopilote. No le importó la misión, ni regresó al cielo, sino que se quedó aquí a comer cadáveres.

Un día, de entre el lodo, vio animarse un pedazo de barro: era la tortuga. La pobrecita, sin palabras, sin nombre, estaba tres veces sola. Y como el zopilote no había vuelto a hablar desde que bajó del cielo, dio rienda suelta a una plática larga en la que con frecuencia caía el nombre de Dios.

—Llévame a conocerlo —dijo la tortuga.

Pero el zopilote, por temor de ser castigado por su desobediencia, se negaba, también largamente.

—Está bien. Sube —dijo por fin, cansado de oír los ruegos de la tortuga.

Abrió las alas. Y en medio de las dos, la tortuga se afianzó.

Habían volado unas horas, y desde la tierra ya no se distinguiría el nudo negro de sus cuerpos, cuando la tortuga dijo:

—¡Qué mal hueles!

El zopilote, que no oyó bien las palabras de la tortuga, ladeó la cabeza preguntando:

—Dime, ¿estás hablando?

—No —respondió la tortuga.

Instantes más tarde la tortuga protestó una y otra y otra vez. Y la tercera protesta la escuchó entera el zopilote. Una racha violenta le ladeó las alas y la tortuga —¡pobrecita!— cayó a la tierra rompiéndose en cien pedazos.

Cuando Dios bajó del cielo, amorosamente unió sus partes. Y la llamó bigú, que es una forma de bigú, que quiere decir fragmento, polvo, desecho. ¿No han visto ustedes cómo la tortuga tiene el carapacho remendado?¹⁵

Eugène Ionesco: Delirio de dos

Ella: ¿Qué quieres que escuche? Desde hace diecisiete años te escucho. Hace diecisiete años que me arrancaste a mi marido y a mi hogar.

Él: Pero eso no tiene nada que ver con el problema.

Ella: ¿Qué problema?

Él: El problema del cual discutíamos.

¹⁵ Andrés Henestrosa. *Los hombres que dispersó la danza*. México: Imprenta Universitaria, 1945.

Ella: Se acabó. Ya no hay más problemas. El caracol y la tortuga, es el mismo animal.

Él: No, no es el mismo animal.

Ella: Sí, es el mismo.

Él: Pero todo el mundo te lo dirá.

Ella: ¿Quiénes? La tortuga, ¿no tiene un caparazón? responde.

Él: ¿Y entonces?

Ella: ¿El caracol no tiene uno?

Él: Sí. ¿Y entonces?

Ella: El caracol y la tortuga, ¿no se encierran en su caparazón?

Él: Sí. ¿Y entonces?

Ella: La tortuga o el caracol, ¿no son un animal lento, baboso y con un cuerpo corto?, ¿no es una especie de pequeño reptil?

Él: Sí ¿y entonces?

Ella: Entonces, ve, yo lo pruebo. ¿No se dice lento como una tortuga y lento como un caracol? ¿Y el caracol, quiero decir la tortuga no reptá?

Él: No exactamente.

Ella: ¿No exactamente qué? ¿Quieres decir que el caracol no reptá?

Él: Sí.

Ella: ¿Entonces ves?, es lo mismo que la tortuga.

Él: Claro que no.

Ella: Terco, baboso. ¡Explica por qué!

Él: Porque.

Ella: La tortuga o sea el caracol, se pasea con su casa sobre las espaldas, que construyó él mismo, de donde viene el nombre de caracol.¹⁶

César Moro: *Oh, furor, el alba se desprende de tus labios*

Vuelves en la nube y en el aliento.

Sobre la ciudad dormida.

Golpeas a mi ventana sobre el mar.

A mi ventana sobre el sol y la luna.

A mi ventana de nubes.

A mi ventana de senos sobre frutos ácidos.

Ventana de espuma y oleaje.

Sobre altas mareas vuelven los peñascos en delirio y la alucinación precisa de tu frente.

Sobre altas mareas tu frente y más lejos tu frente y la luna es tu frente y un barco sobre el mar y las adorables tortugas como soles poblando el mar y las algas nómadas y las que fijas soportan el oleaje y el galope de nubes persecutorias el ruido de las conchas las lágrimas eternas de los cocodrilos el paso de las ballenas la creciente del Nilo el polvo faraónico la acumulación de datos para calcular la velocidad del crecimiento de las uñas en los tigres jóvenes la preñez de la hembra del tigre el retozo del albor de los aligatores el veneno en copa de plata las primeras huellas humanas sobre el mundo tu rostro tu rostro tu rostro.

¹⁶ Eugene Ionesco; María Martínez Sierra (trad.). *Teatro III*. Buenos Aires: Lozada, 1962.

Vuelven como el caparazón divino de la tortuga difunta
envuelto en luz de nieve.

El humo vuelve y se acumula para crear representa-
ciones tangibles de tu presencia sin retorno.

El pelo azota el pelo vuelve no se mueve el pelo golpea
sobre un tambor finísimo de algas sobre un tambor
de ráfaga de viento.

Bajo el cielo inerme venciendo su distancia golpeas
sin sonido.

La fatalidad crece y escupe fuego y lava y sombra y
humo de panoplias y espadas para impedir tu paso.

Cierro los ojos y tu imagen y semejanza son el mundo.

La noche se acuesta al lado mío y empieza el diálogo al
que asistes como una lámpara votiva sin un murmullo
parpadeando y abrazándome con una luz tristísima
de olvido y de casa vacía bajo la tempestad nocturna.

El día se levanta en vano.

Yo pertenezco a la sombra y envuelto en sombra yazgo
sobre un lecho de lumbre.¹⁷

Octavio Paz: Salamandra

Tortuga estática

o agazapado guerrero japonés.¹⁸

¹⁷ César Moro. *Obra poética*. Lima, Perú: Instituto Nacional de Cultura, 1980.

¹⁸ Octavio Paz. *Salamandra*. México: Joaquín Mortiz, 1977.

Carlos Pellicer: Esquemas para una oda tropical

En la ciudad, entre fuerzas automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábanas.
Es la bolsa de semen de los trópicos
que huele a azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.
La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacía lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.¹⁹

Horacio Quiroga: La tortuga gigante

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y

¹⁹ Carlos Pellicer. *Material poético*. México: UNAM, 1972.

yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte que cazaba con la escopeta, y después comía frutos. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado vivas muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de kerosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó

el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre—, voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió entonces que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quien me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo le voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar enseguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar, se detenía, deshacía los nudos, y acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua!, ¡agua!, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también

cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces se quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo, en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad —posiblemente el ratoncito Pérez— encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! —dijo el ratón—. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No —le respondió con tristeza la tortuga—. Es un hombre.

—¿Y adónde vas con ese hombre? —añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires —respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía—. Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! —dijo riendo el ratoncito—. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá, es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa, porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se com-

prometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.²⁰

José Juan Tablada: La tortuga

Aunque jamás se muda,
a tumbos, como carro de mudanzas,
va por la senda la tortuga.²¹

FÁBULA Y LEYENDA

Anónimo: La tortuga y la perra

Érase una vez, una tortuga y una perra, ambas con sus correspondientes crías. La perra notaba que las crías de la tortuga crecían sanas y fuertes, mientras que las suyas eran enclenques y desnutridas. Un día le preguntó la perra a la tortuga:

—¿Qué les das de comer a tus crías que crecen tan fuertes y sanas?

—Les doy unos frutos muy nutritivos.

²⁰ Horacio Quiroga. *Cuentos de la selva*. México: **EMU**, 1998.

²¹ José Juan Tablada. *Poesía en movimiento*. México: Siglo **XXI** editores, 1966.

—Me gustaría ir contigo a recoger esos frutos, para dárselos a mis crías, que están muy desnutridas.

—No puedo llevarte a recoger esos frutos, por que no podrás hacerlo en silencio, y el dueño ha amenazado con despellejar al que sorprenda recogiendo frutos.

—Sí que podré —insistió tanto la perra que al final la tortuga accedió.

Al ocultarse el Sol, salieron por los frutos, estuvieron caminando un buen rato, y al final de un sendero, le dijo la tortuga a la perra:

—Ya hemos llegado, ese es el árbol —dijo señalando un mango—. Los mangos caen continuamente del árbol, y corres el riesgo de que caiga alguno sobre ti. Si esto ocurriera, no deberás chillar, porque si no, saldrá el dueño y te atraparé. Yo iré la primera mientras tú vigilas y cuando termine irás tú mientras yo vigilo.

Dicho esto, salió la tortuga y se puso a recoger mangos. Cuando le caía un mango encima, la tortuga emitía un gemido de resignación apenas audible y continuaba con la recolecta de los frutos. Cuando llenó el saco que llevaba, se volvió a donde estaba agazapada la perra y le dijo:

—Ahora te toca a ti, recuerda que no debes chillar.

La perra asintió y salió con su saco en el lomo. Al ratito le cayó un mango sobre el hocico, soltó un gemido corto mientras arqueaba el lomo, y continuó recolectando frutos. El segundo mango le cayó sobre el lomo. Dio un salto y arrastrándose soltó un gemido

algo más agudo que el anterior. Se repuso rápidamente y se apresuró a recoger las últimas piezas, cuando le cayó un mango sobre la cola. ¡Los ojos le salían de las orbitas! ¡No podía contener el agudo dolor que le recorría la espina dorsal! ¡sintió como si se le hubiera venido el mundo encima! Soltó un potente alarido y de repente, se oyó una voz muy grave y enérgica que dijo:

—Ajá, ¡ya te tengo!, así que eres tú el que se apropia de mis mangos, ¿eh?

Tomó del cuello a la perra y la despellejó.²²

Moraleja: No debemos hacer lo que hacen los demás, sin antes calcular nuestras posibilidades.

Zhuang Zi: La rana en el pozo

En un pozo poco profundo vivía una rana.

—¡Mira qué bien estoy aquí! —le decía a una gran tortuga del Mar del Este—. Cuando salgo puedo saltar alrededor, sobre el brocal, y cuando regreso puedo descansar en las hendiduras de los ladrillos. Puedo chapalear, sacando sólo la cabeza fuera del agua, hasta llenar mi corazón de gozo; o andar sobre el lado suave con los pies sumergidos hasta los tobillos. Ni los cangrejos, ni los renacuajos pueden compararse conmigo. Soy amo del agua y señor de este pozo. ¿Qué más puede ambicionar un ser? ¿Por qué no vienes aquí, más a menudo, a pasar un rato?

²² Fábula popular Bubi de la Guinea Ecuatorial. Disponible en: www.bisila.com/litb/htm

Antes que la tortuga del Mar del Este pudiera meter su pie izquierdo en el pozo, sin saber cómo, ya su pie derecho se había enganchado con algo. Se detuvo y retrocedió; entonces comenzó a describir a la rana el océano.

—Tiene más de mil li de ancho y más de mil ren de profundidad. En otros tiempos había inundaciones nueve años de cada diez; sin embargo, el agua del océano no aumentaba. Después hubo sequía siete años de cada ocho, sin embargo, el agua del océano no disminuía. Se ha mantenido igual a través de los años. Por eso me gusta vivir en el Mar del Este.

La rana, en el pozo insignificante, se quedó atolondrada y sintió algo de vergüenza.²³

Cheng Shi

Una vez un hombre pescó una tortuga. Deseaba hacer una sopa con ella, pero no quería que alguien pudiera decir que él había matado a un ser viviente. Encendió su fuego e hizo hervir agua en una olla. Colocó una pértiga de bambú encima de la olla a manera de puente y le hizo a la tortuga esta páfida promesa:

—Si consigues atravesar este puente, te dejaré en libertad.

²³ Zhuang Zi. *Fábulas antiguas de China*. Recuperado de <https://www.um.es/tonosdigital/anuario/secciones/tri-fabulas.htm>

La tortuga no se dejó engañar por esta trampa. Ella no quería morir. De esa manera, poniendo toda su voluntad, hizo lo imposible: atravesó el puente sin accidentarse.

—¡Bravo! — dijo el hombre —, pero ahora te ruego que regreses a tu punto de partida para ver mejor cómo conseguiste hacer esta travesía.²⁴

Anónimo (Calila e Dimna): Los dos ánades y el galápago

Dicen que en una fuente había dos ánades e un galápago, e eran amigos por la vecindad que era entre ellos. Desi vino el tiempo que les menguó el agua e secóse la fuente. Cuando esto vieron las ánades, acordaron de mudarse de aquella fuente a otra do había mucha agua, e a do serían viciosas. E vinieron para el galápago, e despidiéronse dél, e dijiéronle: “Querémosnos ir deste lugar, porque nos falleció el agua”. Dijo el galápago: “A vos non falleció el agua, que podedes ir donde quisiere des, mas a mí me falló, que non puedo ir con vosco, nin puedo guarecer sin agua. Ende vos ruego que catedes algúnt consejo cómo me podades levar convusco”. Dijeron ellas: “Nos non lo podemos facer, sinon nos ficieses tal conveniencia que cuando te leváremos e te viere alguno e fablare, que non le, respondas”. Dijo él: “Así lo faré; pues ¿en cual guisa podría ser que me levá sedes?”

²⁴ *Idem.*

Dijieron ellas: “Morderás tú en medio de un fus te, e trabarémonos de los cabos dél, e levarte hemos”. Así plogó desto al galápago, e leváronlo, volando por el aire; e viéronlo los homnes e maravilláronse, e dijieron: “Ved qué maravilla, un galápago entre dos ánades que lo lievan en el aire.” Cuando el galápago esto oyó, dijo: “!Que vos pese!” E en abriendo la boca para fablar cayó en tierra, e murió.²⁵

Don Juan Manuel: Lo que acaeció entre el galápago y el águila

Aquí comienza el libro de los gatos y cuenta luego un ejemplo de lo que sucedió entre el galápago y el águila. El galápago saliendo en los lugares del mar profundo, rogó al águila que lo subiese a lo alto, porque deseaba ver los campos y las montañas; y el águila accedió a cuanto el galápago demandaba, y lo subió muy alto y le dijo:

—¿Ves ahora lo que codiciaste ver, montes y valles?

Y dijo el galápago:

—Me gusta lo que veo, pero querría estar en el fondo de la arcilla.

Y respondió el águila:

—Pues ya has visto lo que deseabas.

Y lo dejó caer en manera que se quebró. Y el galápago es como algunos hombres que son pobres

²⁵ Anónimo. *El conde Lucanor y otros cuentos medievales*. Barcelona: Bruguera, 1973.

en este mundo, o por aventura que están cansados de su estado, y no están contentos con ello, y desean subir en lo alto, y ruegan al diablo que los suba en alto de cualquier manera: así que por derecho o por tuerto o con grandes falsedades, por hechizos o por traiciones, o por otras artes malas, algunas veces los hace subir el diablo y los sube muy alto; y después, cuando ellos entienden que su estado es muy peligroso, desean estar en donde estaban. Entonces el diablo los deja caer en la muerte, y después caen en el infierno donde todos están vencidos si no se arrepienten antes de la muerte. Así suben por escaleras de pecados y caen en un lugar que no es de su agrado.²⁶

Esopo: La tortuga

Rogaba una tortuga al águila que la enseñase a volar. Esta le decía que era cosa ajena de su naturaleza, pero aquella insistía en su pretensión. La tomó al fin el águila en las garras, y llevándola a los aires, la dejó caer, y se estrelló contra las piedras del suelo la tortuga.

Esta fábula demuestra que muchos, por no querer seguir los consejos de aquellos que tienen más prudencia, se perjudican en sus empeños temerarios.²⁷

²⁶ Ídem.

²⁷ Esopo; Miguel de Silva (trad.). *Fábulas*. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1913.

José Joaquín Fernández de Lizardi:

La tortuga y la hormiga

En un pozo, una tortuga

a cierta hormiga decía:

—En ese mísero invierno dime

¿qué comes amiga?

—Como trigo, le responde,

y maíz y otras semillas,

de las que dejo en otoño

mis bodegas bien provistas.

— ¡Ay! ¡Dichosa tú! Exclamaba

la tortuga, muy fruncida:

¡Qué buena vida te pasas!

¡Qué bien te tratas vecina!

Mientras yo ¡pobre de mí!

en este pozo metida

todo el año, apenas como

una que otra sabandija.

—Pero en ese largo tiempo

¿qué haces?, pregunta la hormiga.

Y la tortuga responde:

—Yo, a la verdad, día por día

me estoy durmiendo en el fondo

de este pantano o sentina,

y es raro verme, en el suelo

arrastrando la barriga.

—Pues entonces no te quejes,

le contesta la hormiguilla,

de las hambres que padeces,
ni de tu suerte mezquina;
porque es ley muy natural,
al mismo hombre prevenida,
que al ser que nunca trabaja,
la penuria lo persiga.²⁸

Jean de la Fontaine: El cuervo, la gacela, la tortuga y la rata

La gacela, la rata, el cuervo y la tortuga vivían juntos: ¡agradable reunión! Habían encontrado una madri-guera ignorada de los humanos, y esto completaba su felicidad. Mas ¡ay! el hombre descubre al fin los albergues más recónditos. Ocultaos en medio de los desiertos, en el fondo de las aguas, en la altura de los aires, no evitaréis sus secretas emboscadas. Iba la gacela a solazarse inocentemente, cuando un perro, maldito auxiliar del bárbaro placer del cazador, husmeó sus huellas en la hierba. Huyó la gacela, y la rata, a la hora de la comida, dijo a los otros amigos: “¿En qué consiste que hoy no seamos más que tres comensales?” ¿Nos habrá olvidado a gacela?”. Dijo la tortuga: “si tuviese yo alas, como el cuervo, iría en seguida a ver en dónde está detenida y por qué no viene nuestra camarada de los pies ligeros, pues de sus sentimientos no hay que sospechar”. Voló el cuervo a todo volar, y descubrió a lo lejos a la infeliz gacela

²⁸ José Joaquín Fernández de Lizardi; María de Pina (comp.). *Fábulas*. México: Porrúa 1976.

prendida en el lazo y revolviéndose en él. Volvió al instante para avisar a los demás, porque tenía demasiado juicio para entretenerse preguntándole cómo y cuándo le ocurrió aquella desgracia, perdiendo el tiempo en inútiles preguntas, como hubiese hecho un dómine. Volvió, pues, el cuervo, y hecha su explicación, celebran consejo los tres amigos. Dos de ellos irán en el acto al lugar donde está cautiva la gacela. “El otro, dice el cuervo, quedará en casa, porque, con su lenta marcha, ¿cuándo llegaría? Cuando esté ya muerto nuestro amigo”. Dichas estas palabras, corren a socorrer a su pobre compañera. La tortuga quiso también ir; vedla en camino, maldiciendo con razón sus patitas cortas y la necesidad de llevar la casa a cuestas. Roernallas (la Rata tiene perfecto derecho a este nombre) corta los nudos de los lazos. ¡Qué alegría! En esto viene el cazador:

“¿Quién, pregunta, me ha robado la presa?” Roemallas, al oír esto, se mete en un agujero, el cuervo se encarama a un árbol, la gacela se interna en el bosque; el cazador, irritado de no ver a nadie, descubre de pronto a la tortuga, y contiene sus iras. “¿Por qué me enojo? Dice en sus adentros: ya tengo vianda para la cena. Y echó la tortuga al morral. Hubiéralo pagado por todos la pobre tortuga, si no hubiera avisado el cuervo a la gacela. Esta, saliendo de su retiro, se presentó haciendo la coja. El cazador, corriendo tras ella, se desprendía de todo lo que le pesaba, y Roemallas

trabajó tanto, que rompió el morral y dejó libre a la otra camarada que el enemigo guardaba para la cena.

Así lo cuenta Pilpay, y si llamase en mi auxilio a Apolo, bien pudiera hacer con ese argumento un poema tan largo como la Iliada o la Odisea. Roemallas sería el héroe principal, aunque, a decir verdad, son todos indispensables. La pesada tortuga interviene con razones tan oportunas, que el señor cuervo a hacer de espía y después de mensajero. La gacela tiene la astucia de engañar al cazador y dar tiempo a Roemallas. Así, cada cual trabaja por su parte, y contribuye al éxito. ¿A quién dar el premio? Para mí, al corazón. ¡Qué no intenta, qué no logra la amistad decidida! No vale tanto el amor; a pesar de ello, lo celebro y lo canto todos los días. No por eso me hace feliz. Vos, Iris, protegéis a su hermana, la amistad; eso basta, y mis versos recibirán de ella más dulce inspiración. Era mi dueño el amor: serviré ahora a otro, y llenaré el universo con su gloria y con la vuestra.²⁹

La tortuga y los dos patos

Era una tortuga, ligera de cascos, que cansada de su escondrijo quiso ver mundo. Correr tierras extrañas halaga mucho, y los más cojos suelen ser los que menos gustan de su casa.

²⁹ Ibid.

Dos patos, a quienes la comadre comunicó sus propósitos, le dijeron que ellos podrían cumplirlos.

“¿Ves cuán despejado es el camino de los aires?” Por él te llevaremos a las Américas; verás muchos pueblos, muchos reinos y repúblicas, y estudiarás con provecho sus diferentes costumbres. Lo mismo hizo Ulises” (¿Quién pensara ver mezclado a Ulises en este asunto?).

Hecho el trato, los patos construyeron un aparato para conducir a la viajera. Pusiéronle en la boca un palo de través. “Muerde bien, le dijeron, y no sueltes bocado”.

Después, cada volátil cogió el bastón por un extremo.

Hendió los aires la tortuga, y asombrábanse todos al ver volar de aquella manera al pesado animal y su domicilio.

“¡Milagro!, gritaban; venid a ver pasar por los aires la reina de las tortugas”.

—La reina, sí, señores; soy la reina en efecto, no lo toméis a burlas.

¡Cuánto mejor hubiera hecho en pasar el camino sin decir palabra! porque, soltando el bastón al abrir la boca, cayó y se hizo tortilla en presencia de los que la contemplaban. Causóle la muerte su indiscreción.

Imprudencia, charla, tonta vanidad y vana curiosidad, son primas hermanas: todas proceden del mismo tronco.³⁰

³⁰ *Ibid.*

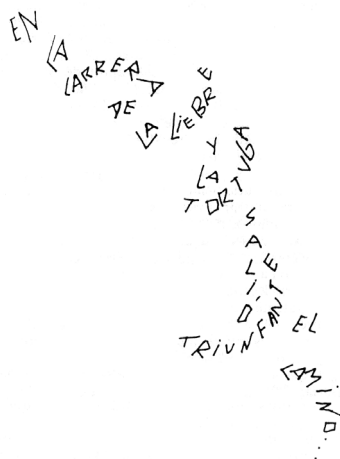
La liebre y la tortuga

No llega más pronto quien más corre: lo que importa es partir a buena hora. Ejemplo son de esta verdad la liebre y la tortuga. “Apostemos, dijo ésta, a que no llegarás tan pronto como yo a aquel punto. — ¿Qué no llegaré tan pronto como tú? ¿Estás loca? contestó la liebre. Tendrás que purgarte, antes de emprender la carrera. —Loca o no loca, mantengo la apuesta”. Apostaron, pues, y pusieron junto a la meta lo apostado; saber lo que era, no importa a nuestro caso, ni tampoco quién fue el juez de la contienda.

Nuestra liebre no tenía que dar más que cuatro saltos; digo cuatro, refiriéndome a los saltos desesperados que da, cuando la siguen ya de cerca los perros, y ella los envía enhoramala, y les hace devorar el yermo y la pradera. Teniendo, pues, tiempo de sobra para pacer, para dormir y para olfatear el viento, deja a la tortuga andar a paso de canónigo. Parte el pesado reptil, esfuérsase cuanto puede, se apresura lentamente; la liebre desdeña una fácil victoria, tiene en poco a su contrincante, y juzga que importa a su decoro no emprender la carrera hasta última hora. Regodéase paciendo la fresca hierba, y se entretiene, atenta a cualquier cosa, menos a la apuesta. Cuando ve que la tortuga llega ya a la meta, parte como un rayo; pero sus bríos son ya inútiles: llega primero su rival. “¿Qué te parece?, dícele ésta: ¿tenía o no tenía razón? ¿De qué te sirve tu agilidad? ¡Vencida

por mí! ¿Qué te pasaría, si llevases, como yo, la casa a cuestras?”³¹

Enrique González Rojo: *Animales en busca de su fábula*³²



Andrés Henestrosa: *La tortuga*

Limpia, brillante como el agua en que vivía, y más bonita que mandada a hacer, la tortuga sirvió en los primeros días de la religión cristiana en Iztacxochitlán, como ofrenda a San Vicente.

³¹ Jean de Lafontaine, Teodoro Llorente (trad.) *Fábulas*. México: Editorial Cosmos, 2003.

³² Enrique González Rojo. *El antiguo relato del principio y otros poemas*, México: Diógenes, 1975.

La había grande y pecunia; un poco amarilla la una; negra, muy negra, la otra. Se arrastraban las dos bajo el agua dulce y el agua salada, y de trecho en trecho asomaban la cabeza a la superficie, para tomar un poco de aire. Si iban a tierra —lo que alguna vez ocurría—, dejaban un rastro de dibujos caprichosos, que más tarde como que las zapotecas copiaron en el bordado de sus enaguas y huipiles.

Los hombres salían en los aniversarios religiosos, en las fiestas de guardar, a buscarla, y lo mismo en el agua que en la tierra, la capturaban con las manos.

Torpe, eso sí, lo mismo hace días que pasado mañana, colocada al pie de los altares, era menester acercarle una llama a la cola, que entonces no la tenía tan corta y fue el procedimiento el que la redujo, para que menos lenta subiera por su propia lentitud hasta el santo. Y subía regando mansedumbre. Sucedió algunas veces que guardaba dentro de su concha la cabeza, las patas y la cola, pero entonces su martirio era peor; era como si saliera de la brasa para caer en las llamas: con más crueldad la obligaban.

Un día San Vicente tuvo piedad de ella y bajó, ante el azoro de los creyentes, dos gradas de su altar para levantarla; la tortuga, pudorosa, guardó la cabeza y desde adentro suplicó al santo que la hiciera fea para que ya nadie la buscara.

Y San Vicente, milagroso, sin decir una palabra le hizo grandes los ojos y aplastada y en punta le terminó

la cabeza; y le puso sin cuidado los dedos sobre su concha, cambiándosela.

Fea, con la cola disminuida, bajó las gradas y lentamente regresó al agua.

Nadie volvió a ofrendarla, pero hasta hoy, cuando se la encuentra, segura de su fealdad, roja de pudor inclina la cabeza y la guarda como aquella vez la guardó ante San Vicente.³³

Félix María de Samaniego:

La águila, la corneja y la tortuga

A una tortuga un águila arrebató:

La ladrona se apura y desbarata
por hacerla pedazos,

ya que no con la garra, a picotazos.

Viéndola una corneja en tal faena,

la dice: “En vano tomas tanta pena.

¿No ves que la tortuga, cuya casa

diente, cuerno ni pico la traspasa,

y si siente que llaman a su puerta,

se finge la dormida, sorda o muerta?”.

“Pues ¿qué ha de hacer?” “Remontarás tu vuelo,

y en mirándote allá cerca del cielo

la dejarás caer sobre un peñasco,

y se hará una tortilla el duro casco”.

³³ Andrés Henestrosa. *Los hombres que dispersó la danza*. México: Imprenta Universitaria, 1945.

El águila por diestra lo ejecuta,
y la corneja astuta,
por autora de aquella maravilla,
juntamente comieron la tortilla.
¿Qué podrá resistir a un poderoso,
guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
y así, por escaparse de esta gente,
las descendientes de la tal tortuga
a cuevas ignoradas hacen fuga.

Júpiter y la tortuga

A las bodas de Júpiter estaban
todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
a la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba a tan grande concurrencia
ni aun la reptil y más lejana oruga,
cuando llega muy tarde y con paciencia,
a paso perezoso, la Tortuga:
Su tardanza reprende el dios airado,
y ella le responde sencillamente:
“Si es mi casita mi retiro amado,
¿cómo podré dejarla prontamente?”.
Por tal disculpa Júpiter tonante,
olvidando el indulto de las fiestas,
la ley del caracol le echó al instante,

que es andar con la casa siempre a cuestras.
Gentes machuchas hay que hacen alarde
de que aman su retiro con exceso;
pero a su obligación acuden tarde;
Viven como el ratón dentro del queso.

La tortuga y el águila

Una tortuga a un águila rogaba
la enseñase a volar; así la hablaba:
“Con sólo que me des cuatro lecciones,
ligera volaré por las regiones;
ya remontando el vuelo
por medio de los aires hasta el cielo,
veré cercano al sol y las estrellas,
y otras cien cosas bellas;
ya rápido bajando,
de ciudad en ciudad iré pasando;
y de este fácil, delicioso modo,
lograré en pocos días verlo todo”.
El águila se rio del desatino;
le aconseja que siga su destino,
cazando torpemente con paciencia,
pues lo dispuso así la providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
la arrebató, la lleva por las nubes.
“Mira, la dice, mira cómo subes”.

Y al preguntarla, dijo, ¿vas contenta
Se la deja caer y se revienta.

Para que así escarmiente
quien desprecia el consejo del prudente.³⁴

LA FALSA TORTUGA

Anónimo: Historias del Quiché

Dijo entonces Ixbalanqué a Hunahpú:

—¿Comenzará ya a amanecer? Mira tú.

—Tal vez sí, voy a ver —contestó éste.

Y como tenía muchas ganas de ver afuera de la boca de la cerbatana y quería ver si había amanecido, al instante le cortó la cabeza Camazotz y el cuerpo de Hunahpú quedó decapitado.

Nuevamente preguntó Ixbalanqué:

—¿No ha amanecido todavía? —pero Hunahpú no se movía.

—¿A dónde ha ido Hunahpú? ¿Qué es lo que has hecho? —pero no se movía, y permanecía callado.

Entonces se sintió avergonzado Ixbalanqué y exclamó:

—¡Desgraciados de nosotros! Estamos completamente vencidos.

³⁴ Félix María de Samaniego. *Fábulas*. Colombia: Libro al Viento. (circulación gratuita), 2013.

Fueron en seguida a colgar la cabeza sobre el juego de pelota por orden expresa de Hun-Camé y Vucub-Camé, y todos los de Xibalba se regocijaron por lo que le había sucedido a la cabeza de Hunahpú.

En seguida llamó Ixbalanqué a todos los animales, al pisote, al jabalí, a todos los animales pequeños y grandes, durante la noche, y a la madrugada les preguntó cuál era su comida.

—¿Cuál es la comida de cada uno de vosotros? pues yo os he llamado para que escojáis vuestra comida —les dijo Ixbalanqué.

—Muy bien —contestaron. Y en seguida se fueron a tomar cada uno lo suyo, y se marcharon todos juntos. Unos fueron a tomar las cosas podridas. Otros fueron a coger hierbas, otros fueron a recoger piedras. Otros fueron a recoger tierra. Variadas eran las comidas de los animales pequeños y de los animales grandes.

Detrás de ellos se había quedado la tortuga, la cual llegó contoneándose a tomar su comida. Y llegando al extremo del cuerpo tomó la forma de la cabeza de Hunahpú, y al instante le fueron labrados los ojos.

Muchos sabios vinieron entonces del cielo. El Corazón del Cielo, Huracán, vinieron a cernerse sobre la Casa de los Murciélagos.

Y no fue fácil acabar de hacerle la cara, pero salió muy buena; la cabellera también tenía una hermosa apariencia, y asimismo pudo hablar.

Pero ya quería amanecer y el horizonte se teñía de rojo.

—¡Oscurece de nuevo, viejo! —le fue dicho al zopilote.

—Está bien —contestó el viejo, y al instante oscureció el viejo. “Ya oscureció el zopilote”, dice ahora la gente.

Y así, durante la frescura del amanecer, comenzó su existencia.

—¿Estará bien?—dijeron. ¿Saldrá parecido a Hunahpú?

—Está muy bien —contestaron. Y efectivamente, parecía de hueso la cabeza, se había transformado en una cabeza verdadera.

Luego hablaron entre sí y se pusieron de acuerdo:

—No juegues tú a la pelota; haz únicamente como que juegas; yo sólo lo haré todo —le dijo Ixbalanqué.

En seguida le dio sus órdenes a un conejo:

—Anda a colocarte sobre el juego de pelota, quédate allí entre el encinal —le fue dicho al conejo cuando se le dieron estas instrucciones durante la noche.

En seguida amaneció y los dos muchachos estaban buenos y sanos. Luego bajaron a jugar a la pelota. La cabeza de Hunahpú estaba colgada sobre el juego de pelota.

—¡Hemos triunfado! ¡Habéis labrado vuestra propia ruina! ¡Os habéis entregado! —les decían. De esta manera provocaban a Hunahpú.

—Pégale a la cabeza con la pelota —le decían. Pero no lo molestaban con esto, él no se daba por entendido.

Luego arrojaron la pelota los Señores de Xibalba. Ixbalanqué le salió al encuentro; la pelota iba derecho al anillo, pero se detuvo, rebotando, pasó rápidamente por encima del juego de pelota y de un salto se dirigió hasta el encinal.

El conejo salió al instante y se fue saltando; y los de Xibalba corrían persiguiéndolo. Iban haciendo ruido y gritando tras el conejo. Acabaron por irse todos los de Xibalba.

En seguida se apoderó Ixbalanqué de la cabeza de Hunahpú; se llevó de nuevo la tortuga y fue a colocarla sobre el juego de pelota. Y aquella cabeza era verdaderamente la cabeza de Hunahpú y los dos muchachos se pusieron muy contentos.

Fueron, pues, los de Xibalba a buscar la pelota y habiéndola encontrado entre las encinas, los llamaron, diciendo:

—Venid acá. Aquí está la pelota, nosotros la encontramos —dijeron, y la tenían colgando.

Cuando regresaron los de Xibalba exclamaron:
—¿Qué es lo que vemos?

Luego comenzaron nuevamente a jugar. Tantos iguales hicieron por ambas partes.

En seguida Ixbalan le lanzó una piedra a la tortuga; ésta se vino al suelo y cayó en el patio del juego de pelota hecha mil pedazos como pepitas, delante de los Señores.

—¿Quién de vosotros irá a buscarla? ¿Dónde está el que irá a traerla? —dijeron los de Xibalba.

Y así fueron vencidos los señores de Xibalba por Hunahpú e Ixbalanqué. Grandes trabajos pasaron estos, pero no murieron, a pesar de todo lo que les hicieron.³⁵

Lewis Carroll: La historia de la falsa tortuga

La reina abandonó entonces el campo sin aliento y le preguntó a Alicia:

—¿Has visto a la tortuga con cabeza de vaca?

—No... —contestó Alicia. Claro que tampoco tengo idea de cómo puede ser un animal así.

—Se trata de la cosa con que se hace la falsa sopa de tortuga —le explicó la Reina.

—La verdad es que nunca he visto ese animal, ni tampoco había oído hablar de él hasta ahora —dijo Alicia.

—Pues ven conmigo y la misma tortuga te contará su historia... —la invitó la reina.

En el momento de retirarse sus majestades, el rey advirtió repetidas veces a todos los componentes del séquito:

—Estáis perdonados.

Entonces Alicia, que estaba tan apesadumbrada por tantas condenas a muerte, pensó: “¡Pues vaya gracia!”

No tardaron mucho en llegar adonde había un grifo, que estaba durmiendo al sol.

—Arriba ahora mismo, ¡perezoso! —gritó la reina.

³⁵ Anónimo; Adrián Recinos (trad.). *Popol Vuh*. México: FCE, 1947.

Levántate en seguida y acompaña a esta jovencita para que conozca a la tortuga con cabeza de vaca. Dile que le cuente su historia y que yo no puedo ir porque tengo que encargarme de que se cumplan varias sentencias de muerte que he dictado.

Y se alejó, dejando a Alicia sola con el grifo. Lo cierto es que a Alicia no le hacía mucha gracia el aspecto de aquella criatura, aunque pensó que no estaría menos segura en su compañía que en la de la reina, consiguiendo tranquilizarse con este razonamiento.

El grifo acabó por levantarse, y mientras se resregaba los ojos, vigiló cómo se alejaba la reina, hasta que su majestad se perdió de vista. Sólo entonces pareció dirigirse un poco vagamente a Alicia, para decirle con tono gutural:

—¡Qué gracioso!

—¿Qué es lo que tiene gracia? —quiso saber Alicia.

—Es la reina la que me resulta graciosa... —dijo el grifo. ¿No te has fijado aún en que todo eso de sus sentencias de muerte es una pura fantasía? Te lo puedo asegurar... Nunca ejecutan a nadie. Bien muchacha; vamos a lo nuestro... Sígueme.

“En esta tierra todo el mundo da órdenes. ¡Adelante! ¡Vamos! ¡Ven aquí! ¡Ve allá! En mi vida me habían mandado tanto y tantas personas”, pensó Alicia, mientras seguía a su nuevo amigo.

No había avanzado mucho cuando a lo lejos divisaron a la famosa Tortuga, que estaba sola, triste y sen-

tada en una esquina de una roca. Cuando estuvieron algo más cerca, Alicia la oyó suspirar hondo, hondo, pareciendo que se le estaba partiendo el corazón al pobre animal. Alicia no pudo menos que compadecer a la increíble tortuga con cabeza de vaca.

—¿Por qué tiene esa fatiga? —le preguntó Alicia al grifo.

—Es todo pura fantasía... —le contestó al oído el grifo. En realidad no le pasa nada... Sígueme; vamos a acercarnos más.

Llegaron a donde se encontraba la tortuga, que los miró con los ojos abiertos y llenos de lágrimas, pero sin decir una palabra.

—He traído aquí a la señorita para que le cuentes tu historia. Es una orden de la reina... —dijo el grifo.

—Obedeceré —dijo la tortuga, con resignación. Sentaos y no me interrumpáis hasta el final; ¿entendido?

Alicia y el grifo hicieron lo que se les ordenaba, y ninguno de los dos pronunció una palabra en un buen rato, lo cual no evitó que Alicia pensara: “Mal podrá acabar, si no comienza nunca”. Pero esperó pacientemente.

—En otro tiempo —por fin comenzó a decir la tortuga— yo era una tortuga de verdad.

A estas palabras siguió otro largo silencio, sólo interrumpido por una especie de quejido del grifo y por el constante y cansado gemir de la tortuga con cabeza de vaca.

La paciencia de Alicia se estaba agotando, y estuvo por levantarse con la idea de decirle a la tortuga: “Muchas gracias, señora, por su interesante relato, pero yo me marchó”. Sin embargo, pensó que habría algo más en aquella historia, y decidió esperar a ver qué salía.

—Cuando yo era pequeña —comenzó a decir de nuevo la tortuga, algo más tranquila, pero sin agotársele los sollozos— iba a la escuela del mar. La maestra era una vieja tortuga a la que llamábamos Tortura.

—¿Y por qué la llamaban así? —preguntó Alicia.

Pues porque era nuestra torturadora... —repuso la tortuga con tono de enfado— ¡La verdad es que eres torpe!

—Debería darte vergüenza preguntar esas simplezas...—añadió el grifo.

Y el grifo y la tortuga se sentaron frente a Alicia para no quitarle la vista de encima, mientras que la pobrecita comenzó a desear que se la tragase la tierra. Así transcurrieron unos minutos. Hasta que por último el grifo le dijo a la tortuga:

—Vamos, amiga, continúa..., porque de lo contrario y al paso que vamos, se nos hará de noche antes de que termines con tu historia.

La tortuga reanudó su relato.

—Pues sí, aunque parezca mentira, yo iba a la escuela del mar...

—¡Pero si yo no he dicho lo contrario! —protestó Alicia.

—¡Sí que lo has dicho! —gruñó la tortuga.

—¡Cállate! —atajó el grifo, sin dejar que Alicia siguiera protestando.

La tortuga continuó:

—Allí recibíamos una educación ejemplar..., y la prueba es que íbamos todos los días a clase.

—También yo voy todos los días a clase..., y no se me ocurre estar orgullosa por tan poca cosa.

—¿Y vas a un colegio con cursos especiales? —preguntó la tortuga, con un tono de intranquilidad en la voz.

—Claro que sí —afirmó Alicia. En mi colegio entre otras cosas nos enseñan francés y música.

—¿Y a lavar? —preguntó la tortuga.

—A eso no —respondió Alicia—. ¿Cómo se nos iba a enseñar una cosa así en un colegio elegante?

—Pues si no os enseñan el arte de lavar y de lavarse, vuestro colegio no es precisamente de lo mejor— dijo la tortuga, recobrando la tranquilidad. Yo sólo puedo decir que en nuestro colegio ponían en la cuenta de final de mes: francés, música y lavado extra.

—De todos modos —apuntó Alicia—, me parece un absurdo eso del lavado, porque si estaban en el fondo del mar, no creo que les hicieran mucha falta.

—La verdad es que yo no podía gastar tanto —dijo la tortuga, con uno de sus suspiros— y sólo daba las clases ordinarias.

—¿Y qué clases eran esas? —preguntó Alicia.

—Eran cursos para aprender a girar y a hacer contorsiones —dijo la tortuga—, después de los cuales venían las distintas ramas de la aritmética: la Ambición, la Distracción, el Afeamiento y la Irrisión.

—Nunca había oído eso del Afeamiento —se atrevió a decir Alicia. ¿De qué se trata?

El grifo levantó entonces las dos patas delanteras, como asombrado, y exclamó:

—¡Mira que no saber lo que es Afeamiento!... Hay que suponer que sabes qué cosa es embellecimiento, ¿verdad?

—Pues sí... —dijo Alicia, sin demasiado convencimiento—. Embellecimiento significa... hacer que una cosa sea más bonita de lo que es.

—Pues entonces, si no comprendes lo que significa afeamiento es que eres tonta, pero tonta, tonta —afirmó el grifo.

Alicia no se sintió con ánimos de seguir discutiendo, por lo que acabó dirigiéndose a la tortuga, para preguntarle:

—¿Y qué más estudiaban?

—También dábamos la asignatura del Misterio —respondió la tortuga al mismo tiempo que se sacudía las aletas, como si con aquel movimiento estuviera haciendo memoria—. Se trataba del Misterio antiguo y moderno, con Mareografía, tras lo cual venía el Anonadamiento... El profesor de esta última asignatura era un viejo congrio que nos daba clase una vez por

semana, enseñándonos el arrastrado, estirando y el desmayado con espirales.

—¿Y en qué consistía todo eso? —preguntó Alicia, sin ocultar su mucha sorpresa.

—Yo... no te lo puedo enseñar —contestó la tortuga— porque con el tiempo me he vuelto demasiado rígida. Y en cuanto a nuestro amigo el grifo, no ha aprendido nunca esas disciplinas.

—Es que no pude disponer nunca de tiempo para ello... —dijo el grifo, como justificándose. Pero pude asistir a las clases de un maestro clásico. Era un cangrejo que ya tenía algunos años.

—Yo no tuve ocasión de ir a sus clases —dijo la tortuga— pero recuerdo que enseñaba las asignaturas de la Risa y del Llanto, ¿no es así?

—En efecto, esas eran sus asignaturas favoritas —afirmó el grifo comenzando también a suspirar.

Y a continuación los dos se cubrieron el rostro con las patas.

—¿A qué horas de clase daban? —preguntó Alicia, deseando cambiar el tema.

—Diez horas el primer día —recordó la tortuga— nueve el segundo, ocho el tercero, y así sucesivamente; o sea, una hora menos cada día que pasaba.

—¿Qué plan de estudios tan curioso! —exclamó Alicia, muy admirada.

—Es que se trataba de una enseñanza gradual —observó entonces el grifo. Una enseñanza pensada

para que fuera menos necesaria cada día que pasaba, ¿comprendes?

Esta era una idea completamente nueva para Alicia, por lo que no se decidió a hacer ninguna observación sin pensarlo antes un buen rato.

—En tal caso, el día número once del curso sería fiesta, ¿no es así? —se atrevió por fin a preguntar.

—Naturalmente —dijo la tortuga.

—¿Y qué pasaba entonces el día duodécimo?

—¡Vamos ya, basta de pedagogía! —protestó el grifo, interrumpiendo la conversación en tono imperioso y dirigiéndose de forma especial a la tortuga. Cuéntenos ahora algo que se refiera a los juegos.³⁶

José Emilio Pacheco: El viento distante (fragmento)

En un extremo de la barraca el hombre fuma, mira su rostro en el espejo, el humo al fondo del cristal. La luz se apaga, y él ya no siente el humo y en la tiniebla nada se refleja.

El hombre está cubierto de sudor. La noche es densa y árida. El aire se ha detenido en la barraca. Sólo hay silencio en la feria ambulante.

Camina hasta el acuario, enciende un fósforo, lo deja arder y mira lo que yace bajo el agua. Entonces piensa en otros días, en otra noche que se llevó el viento distante, en otro tiempo que los separa y los

³⁶ Lewis Carroll. *Alicia en el país de las maravillas*. Barcelona: Bruguera, 1972.

divide como esa noche los apartan el agua y el dolor, la lenta oscuridad.

Para matar las horas, para olvidarnos de nosotros mismos, Adriana y yo vagábamos por las desiertas calles de la aldea. En una plaza hallamos una feria ambulante y Adriana se obstinó en que subiéramos a algunos aparatos. Al bajar de la rueda de la fortuna, el látigo, las sillas voladoras, aún tuve puntería para abatir con diecisiete perdigones once oscilantes figuritas de plomo. Luego enlacé objetos de barro, resistí toques eléctricos y obtuve de un canario amaestrado un papel rojo que develaba el porvenir.

Adriana era feliz regresando a una estéril infancia. Hastiados del amor, de las palabras, de todo lo que dejan las palabras, encontramos aquella tarde de domingo un sitio primitivo que concedía el olvido y la inocencia.

Me negué a entrar en la casa de los espejos, y Adriana vio a orillas de la feria una barraca sola, miserable. Al acercarnos el hombre que estaba en la puerta recitó una incoherente letanía:

—Pasen, señores: vean a Madreselva, la infeliz niña que un castigo del cielo convirtió en tortuga por desobedecer a sus mayores y no asistir a misa los domingos. Vean a Madreselva, escuchen en su boca la narración de su tragedia.

Entramos en la carpa. En un acuario iluminado estaba Madreselva con su cuerpo de tortuga y su rostro

de niña. Sentimos vergüenza de estar allí disfrutando el ridículo del hombre y de la niña, que muy probablemente era su hija.

Cuando acabó el relato, la tortuga nos miró a través del acuario con el gesto rendido de la bestia que se desangra bajo los pies del cazador...³⁷

Sergio Pitol: El tañido de una flauta

La cámara pasó de largo sin registrar el rostro de la F. T. Para colmo sus vecinos se cambiaron de asientos, y fue el joven quien quedó a su lado. La Falsa Tortuga lo miró con odio mientras se frotaba las rodillas.

En voz muy baja y acercándosele al oído, murmuró.

—Lo acusaron de ser judío, ¿no?

—Sí, y de haber violado a Françoise Rosay que era aria. Fue en una época de persecución racial. En el juicio todo se aclaró. Él era bautizado y ella circuncisa. La condenaron a pagarle una indemnización y a varios años de cárcel por perjurio. Cuando al fin quedó libre, la perdonó, descubrió que era el gran amor de su vida, gritó: “Gertrud, Gertrud, te amo”, y se casó con ella.

—¿Qué payaso es usted! Mire, va a comenzar la función.

En efecto un señor avanzó hasta la pantalla y comenzó a leer unas cuartillas.

³⁷ José Emilio Pacheco. *El viento distante*. México: Ediciones Era, 1963.

—¿Quiere que le traduzca?

—No, no, entiendo casi todo —mientras tenía lugar una presentación tediosa y erudita, la Falsa Tortuga abrió su bolso, sacó un talonario de *traveller checks*, contó los cheques y anotó unas cifras en una libreta. Contó luego los billetes que llevaba en una cartera y volvió a anotar una cifra; permaneció hundida en un mundo de sumas, divisiones, restas que sólo interrumpía para dirigirle algunas preguntas incidentales—. ¿Cuántos francos hacen una peseta? ¿Se las cambian a uno en Italia? Las pesetas, quiero decir. ¿Cambió aquí su dinero o compró los francos en México? ¿Me recomienda comprar aquí las liras o en Italia?

Comenzó la película. Al principio la Falsa Tortuga pareció aburrirse por no entender el idioma (por desdicha la versión estaba doblada al francés). Pero, a pesar de la presencia del joven a su lado, podía vislumbrar las reacciones del viejo Mártir de Francia. Cuando aquél soltó una estruendosa carcajada, Muck Turtle decidió hacer lo propio convencida de que jamás había visto nada tan cómico. Al terminar la proyección hubo un cocktail. Descubrió a la periodista que lo había entrevistado hacía unos cuantos días y aprovechó la oportunidad para presentarle a su amiga. Le hizo un somero recuento de sus méritos, que la Falsa escuchó con gravedad, asintiendo con la cabeza ante cada uno de ellos y con el oído alerta para aclarar cualquier posible confusión o remediar omisiones.

La periodista le puso enfrente un minúsculo micrófono portátil y comenzó:

—Los servicios en español de la Radio y la Televisión Francesa se complacen en presentar a ustedes a la señora Falsa Tortuga, destacada funcionaria del nuevo departamento cinematográfico del Ministerio de Educación de México...

—¡De la Secretaría de Educación Pública! —corrigió con solemnidad la mexicana sin imaginarse que en ese momento condenaba a la crucifixión sus pequeñas aletas.³⁸

LA MAGIA

Anónimo: *El libro de los libros del Chilam Balam*

3 Ahau

El-del-anuncio-tortuga-verde es el rostro que tiene el reinado del 3 Ahau Katún.

4 Ahau

La mitad del Katún buena y la mitad no buena. Esplenderá Ah Chicum Ek, El-estrella-guiadora, en el cielo, Yax Adam, Verde-tortuga, Yax Ah Coc Mut, El-del-anun-

³⁸ Sergio Pitul. *El tañido de una flauta*. México: Ediciones Era, 1972.

cio-tortuga-verde, Ah Ahsah, El-despertador-estrella-de-la-mañana. Pero nadie se dará cuenta de las señales porque sordos estarán a todas las cosas.

Alfredo Barrera Vázquez da la siguiente explicación:

Yax Coc Ah Mut es sin duda el nombre de una estrella o grupo de estrellas. Aparece juntamente con Yax Adam, Verde-tortuga; Ah Chicum Ek, Estrella-guiadora, y Ah Ahsah, Estrella en el Katún 4 Ahau. No hay duda respecto de Yax Adam; ac es tortuga en maya de Yucatán y el Diccionario Motul registra “ac ek: las tres estrellas que están en el signo de Géminis, las cuales, con otras, hacen forma de tortuga”. Yax Coc Ah Mut se toma por El tortuga-signo, porque yax significa verde; coc es nombre de una tortuga terrestre, generalmente llamada coc ac; ah es signo del actor masculino, y mut vale por anuncio, fama, señal.³⁹

Jorge Luis Borges: La madre de las tortugas

Veintidós siglos antes de la era cristiana, el justo emperador Yü el Grande recorrió y midió con sus pasos las Nueve Montañas, los Nueve Ríos y los Nueve Pantanos y dividió la tierra en Nueve Regiones, aptas para la virtud y la agricultura. Sujetó así las Aguas que amenazaban inundar el Cielo y la Tierra; los historiadores

³⁹ Anónimo; Alfredo Barrera Vázquez y Silvia Rendón (trad.). *El libro de los libros del Chilam Balam*. México: FCE, 1972.

refieren que la división que impuso al mundo de los hombres le fue revelada por una tortuga sobrenatural o angelical que salió de un arroyo. Hay quien afirma que este reptil, madre de todas las tortugas, estaba hecho de agua y de fuego; otros le atribuyen una sustancia hartamente menos común: la luz de las estrellas que forman la constelación del Sagitario. En el lomo se leía un tratado cósmico titulado el Hong Fan (Regla General) o un diagrama de las Nueve Subdivisiones de ese tratado, hecho de puntos blancos y negros.

Para los chinos, el cielo es hemisférico y la tierra es cuadrangular; por ello, descubren en las tortugas una imagen o modelo del universo. Las tortugas participan, por lo demás, de la longevidad de lo cósmico; es natural que las incluyan entre los animales espirituales (junto al unicornio, al dragón, al fénix y al tigre) y que los augures busquen presagios en su caparazón.

Than-Qui (tortuga genio) es el nombre de la que reveló el Hong Fan al emperador.⁴⁰

Rubén Darío: A Amado Nervo

La tortuga de oro camina por la alfombra
y traza por la alfombra un misterioso estigma
sobre su carapacho hay grabado un enigma
y círculo enigmático se dibuja en su sombra.
Esos signos nos dicen al Dios que no se nombra

⁴⁰ Jorge Luis Borges. *Manual de zoología fantástica*. México: Emecé, 1964.

y ponen en nosotros su autoritario estigma:
ese círculo encierra la clave del enigma
que a Minotauro mata y a la Medusa asombra.
Ramo de sueños, mazo de ideas florecidas
en explosión de cantos y en floración de vidas,
sois mi pecho suave, mi pensamiento parco.
Y cuando hayan pasado las sedas de la fiesta,
decidme los sutiles efluvios de la orquesta
y lo que está suspenso entre el violín y el arco.⁴¹

Salvador Elizondo: La historia según Pao Cheng

En un día de verano, hace más de tres mil quinientos años, el filósofo Pao Cheng se sentó a la orilla de un arroyo a adivinar su destino en el caparazón de una tortuga. El calor y el murmullo del agua pronto hicieron, sin embargo, vagar sus pensamientos y olvidándose poco a poco de las manchas del carey, Pao Cheng comenzó a inferir la historia del mundo a partir de ese momento. “Como las ondas de este arroyuelo, así corre el tiempo. Este pequeño cauce crece conforme fluye, pronto se convierte en un caudal hasta que desemboca en el mar, cruza el océano, asciende en forma de vapor hacia las nubes, vuelve a caer sobre la montaña con la lluvia y baja, finalmente, otra vez convertido en el mismo arroyo...”. Este era, más o menos, el curso de su pensamiento y así, después de

⁴¹ Rubén Darío. *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1954.

haber intuido la redondez de la tierra, su movimiento en torno al sol, la traslación de los demás astros y la propia rotación de la galaxia y del mundo, “exclamó, este modo de pensar me aleja de la Tierra de Han y de sus hombres que son el centro inamovible y el eje en torno al que giran todas las humanidades que en él habitan”. Y pensando nuevamente en el hombre, Pao Cheng pensó en la historia. Desentrañó, como si estuvieran escritos en el caparazón de la tortuga, los grandes acontecimientos futuros, las guerras, las migraciones, las pestes y las epopeyas de todos los pueblos a lo largo de varios milenios. Ante los ojos de su imaginación caían las grandes naciones y nacían las pequeñas que después se hacían grandes y poderosas antes de ser abatidas a su vez. Surgieron también todas las razas y las ciudades habitadas por ellas que se alzaban un instante majestuosas y luego caían por tierra para confundirse con la ruina y la escoria de innumerables generaciones. Una de estas ciudades entre todas las que existían en ese futuro imaginado por Pao Cheng llamó poderosamente su atención y su divagación se hizo más precisa en cuanto a los detalles que la componían, como si en ella estuviera encerrado un enigma relacionado con su persona. Aguzó su mirada interior y trató de penetrar en los resquicios de esa topografía increada...⁴²

⁴² Salvador Elizondo. *Narda o el verano*. México: Ediciones Era, 1966.

James George Frazer: Matanza de las tortugas sagradas

Los moquis están divididos en clanes totémicos, el clan oso, el clan ciervo, el clan lobo, el clan liebre y así otros. Creen que los antecesores de sus clanes fueron osos, ciervos, lobos, liebres y demás, y que cuando mueren los miembros de cada clan se convierten en osos, ciervos, liebres, etc., de acuerdo con el clan particular al que pertenecieron. Los zuñis también están divididos en clanes cuyos tótems armonizan estrechamente con los de los moquis y uno de sus tótems es la tortuga. Así que la creencia en la transmigración [de las almas humanas] a la tortuga es probable sea uno de los artículos corrientes de su fe totémica. Entonces, ¿cuál es el significado de matar una tortuga, en la que, según creen, está residiendo al alma de algún pariente? Aparentemente su objeto es mantener una comunicación con el otro mundo en el cual se piensa que las almas de los difuntos están reunidas en la forma de tortugas. En la ceremonia zuñí son traídos los difuntos a casa bajo la forma de tortugas, y matarlas es el camino de devolver las almas al país de los espíritus. Este relato, sea lo que fuere, confirma la inferencia de ser las tortugas, según suponen, reencarnaciones de los seres humanos difuntos, pues los llaman “los otros mismos” de los zuñis; en verdad ¿qué otros podrían ser que las almas de los muertos en los cuerpos de las tortugas, viendo que llegan del frecuentado lado? Como el principal objetivo de las

oraciones pronunciadas y de las danzas ejecutadas en esas ceremonias solsticiales parece ser procurar lluvia para las mieses, pudiera ser que la intención de traer las tortugas los zuñis y bailar ante ellas sea interceder con el espíritu ancestral encarnado en los animales para que sean complacientes y ejerzan su poder sobre las aguas del cielo para la bendición de sus descendientes vivos.⁴³

José Lezama Lima: Leyendo en la tortuga

La imagen con la serpiente corrediza trae la muerte con la tortuga al fondo...⁴⁴

El pabellón de la vacuidad

Araño en la pared con la uña,
la cal va cayendo
como si fuese un pedazo de la concha
de la tortuga celeste.⁴⁵

Ramón López Velarde: El viejo pozo

El viejo pozo de mi vieja casa
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces

⁴³ James George Frazer; Elizabeth y Tadeo I. Campuzano (trad.) *La rama dorada*. México: FCE, 1944.

⁴⁴ José Lezama Lima. "Leyendo en la tortuga". México: UNAM. *Revista de la Universidad de México*, núm. 2, 1969.

⁴⁵ José Lezama Lima. "El pabellón de la vacuidad". México: UNAM. *Material de lectura*, núm. 5, 1977.

se clavaba de codos, buscando el vaticinio
de la tortuga, o bien el iris de los peces,
es un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces.⁴⁶

Enrique González Rojo: *Ecce Homo*

Pero también,
cuando siendo una tortuga,
me dejaron patas arriba,
moviéndome sin avanzar un ápice por la pista
[inconsistente
de los cielos,
como la piedra que
vive la inopia de no tener eternamente más que una sola
huella.⁴⁷

LA MÚSICA

Anónimo: *El robo de los cantores celestes*

Después del quinto sol, cuando en las pirámides de Teotihuacán se rindió culto al Sol y a la Luna, los antiguos dioses allí adorados se sintieron tristes, muy tristes, al ver el abandono en que los hombres los tenían. Y fue

⁴⁶ Ramón López Velarde. *Obras completas*. México: Nueva España, 1944.

⁴⁷ Enrique González Rojo. *El antiguo relato del principio y otros poemas*. México: Diógenes, 1975.

tal su abatimiento, tan grande fue su desesperación, que resolvieron matarse. Uno de ellos les fue abriendo a cada uno el pecho y sacándoles el corazón, y al final él se mató a sí mismo.

Pero cada dios dejó su capa como recuerdo a alguno de sus devotos (pues todavía les quedaban unos cuantos), y cada devoto vistió con ella un palo, dándole el nombre de su dios protector.

De esa manera aquellos bultos vinieron a ser como ídolos que recibían adoración. Y los devotos andaban tristes y pensativos, cada uno con su bulto a cuestas, buscando y mirando por todas partes, en la esperanza de que se les aparecieran sus dioses muertos. Y así sucedió, al menos con el devoto del dios Tezcatlipoca. Este dios, de seguro, tuvo el raro gusto de convertirse en animal, para ser adorado en Teotihuacán, pues no se sabe qué andaba haciendo entre los dioses que habían dado la capa a sus devotos.

Pues bien, su devoto anduvo tanto y vagó tanto, que al fin llegó a la orilla del mar. En la arenosa playa se le apareció el dios tres veces, pero en la última le habló diciéndole: “¡Ven!”

El devoto se acercó y oyó la voz del dios que le decía:
—Estoy convencido de tu cariño y devoción y por eso me he manifestado contigo. Deseo, pues, que tu devoción aumente y se convierta en culto. Oye, pues, mis órdenes: “Írás a la Casa del Sol a traerme cantores e instrumentos musicales para que me hagas una fiesta”.

—Pero ¿cómo haré para ir a la Casa del Sol? — preguntó tímidamente el devoto.

En aquel instante el Sol comenzaba a asomar su dorado disco en el oriente. Allá donde se acababa el horizonte, donde se juntaban el mar y el cielo, parecía que el astro surgía de las ondas del mar.

—¡Mira! —repuso Tezcatlipoca apuntando hacia el oriente ¡El Sol sale en este momento de su casa, para llegar a ella sólo tendrás que atravesar el mar!

—¿Y en qué iré hasta allá, oh, Tezcatlipoca?

—No te aflijas, que yo proveeré a ello. Llamarás de mi parte a las ballenas, sirenas y tortugas para que te hagan un puente por donde pases.

—Yo te obedeceré ciegamente —afirmó el devoto—. Pero suplicote me digas cómo haré mi demanda al Sol.

—De esta manera.

Y el dios le enseñó un dulce canto.

Bien instruido ya, el devoto hizo penitencia y se dirigió a la orilla del mar. Y allí dijo:

—¡Inmensas ballenas oceánicas, potentes tortugas de la mar, encantadoras sirenas! ¡Venid por orden de mi poderoso dios Tezcatlipoca y formadme un puente para que yo pueda ir a la Casa del Sol! ¡Ballenas, tortugas, sirenas!

Tan pronto como dijo aquello, aparecieron innumerables ballenas azotando la mar con sus gigantescas colas y elevando altísimas columnas de agua; brotaron

millones de tortugas de negro y combo caparacho asomando sus pequeñas cabezas de papagayo, y de las espumas del mar salieron legiones de sirenas cantando dulcísimas melodías que extasiaban.

Las ballenas dijeron:

—Por nuestras espaldas puedes ir a la Casa del Sol.

Las tortugas dijeron:

—Nuestras conchas pueden sostenerte y llevarte a la Casa del Sol.

Las sirenas dijeron:

—En nuestros brazos podemos conducirte a la Casa del Sol.

Todos aquellos seres marinos formaron con mucho orden un puente inmenso que se extendía sobre la superficie del mar hasta perderse de vista. Y el devoto caminó sobre aquel puente sin cesar. Perdió de vista la tierra y las montañas. Luego no vio más que cielo y agua. Y caminó incansablemente hasta llegar a la Casa del Sol.

Estando al pie de los balcones, el devoto cantó la dulce canción que le había enseñado Tezcatlipoca. El canto era tan melifluido, que hasta el mismo Sol se enterneció.

El Sol oía con arrobamiento. Pero igual cosa sucedía con los demás habitantes del oriente.

—¡Tapaos los oídos! —gritó el Sol—. ¡No os dejéis seducir por este mortal!

Muchos obedecieron, pero otros estaban tan extasiados, que dejaron sus oídos abiertos. Y vencidos por el canto, contestaron con otras estrofas. El devoto

seguía cantando; y algunos habitantes celestes, adormecidos, fascinados por el canto fueron abandonando poco a poco la Casa del Sol.

Bajaron al puente formado por las ballenas, tortugas y sirenas, y por él caminaron gozosos hasta llegar a la tierra.⁴⁸

Anónimo: Poesía indígena de la altiplanicie

Llegó, una vez más llegó,
Chachuichalotzin y cantó:
Oíd cómo desgrano mis
rumorosos cantares,
al son de mi compañera
la florida cítara de
Tortuga.⁴⁹

Anónimo: La cahuama

Nosotras somos las cahuamas
que ustedes van a saborear;
tenemos pecho y caparacho,
y no se nos podrá negar.
Si acaso ustedes lo dudaren,

⁴⁸ Anónimo. *Mitos aztecas*. México, 1927. Disponible en <https://www.mexicodesconocido.com.mx/mitos-aztecas-el-robo-de-los-cantores-celestes.html>

⁴⁹ Anónimo; Ángel María Garibay (ed.); Miguel León Portilla (trad.). *Poesía indígena de la altiplanicie*. México: UNAM, 1940.

los invitamos a pasar,
y pueden sí, muy bien, tentarnos,
pero no más sin abusar.⁵⁰

Anónimo: Qué padre es la vida

Yo soy como las tortugas
que tienen su concha de acero:
al tiempo le doy su tiempo,
si rueda el mundo, no más lo veo.⁵¹

Apollinaire: Bestiario

Del Tracio mágico, ¡oh delirio!
Pulso diestramente la lira.
Las bestias pasan a los sonos
De mi tortuga y mis canciones.⁵²

Ayocuan Cuetzpaltzin, poeta de Huexotzin

Asediada, odiada
sería la ciudad de Huexotzinco,
si estuviera rodeada de cactus,
Huexotzinco, circundada de espinosas flechas.⁵³

⁵⁰ Anónimo. *Cancionero folklórico de México*. México: El Colegio de México, 1980.

⁵¹ Ídem.

⁵² Apollinaire; Agustí Bartra. (trad.). *Bestiario*. México: Joaquín Mortiz, 1967.

⁵³ Anónimo; Ángel María Garibay (ed.); Miguel León Portilla (trad.). *Poesía indígena de la altiplanicie*. México: UNAM, 1940.

El timbal, la concha de tortuga
se destacan en tu casa,
permanecen en Huexotzinco.

Federico García Lorca: Canción para la luna

Blanca tortuga
luna dormida,
¡qué lentamente
caminas!
Cerrando un párpado
de sombra, miras
cual arqueológica pupila.⁵⁴

EL PLACER

Mateo Alemán: Guzmán de Alfarache

Haga conchas de galápago y lomos de paciencia,
cierre los oídos y la boca, quien abriere la
tienda de los vicios.⁵⁵

Ernesto Cardenal: Canto nacional

... Largos bancos de arena
donde a la luz de la luna hacen
el amor las tortugas de carey.⁵⁶

⁵⁴ Federico García Lorca. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1955.

⁵⁵ Mateo Alemán. *Guzmán de Alfarache*. México: Porrúa, 1976.

⁵⁶ Ernesto Cardenal. *Canto Nacional*. Buenos Aires: Editorial Carlos Lohé, 1973.

Federico García Lorca: Pequeño vals vienés

Te quiero, te quiero, te quiero,
con la butaca y el libro muerto,
por el melancólico pasillo,
en el oscuro desván del lirio,
en nuestra cama de la luna
y en la danza que sueña la tortuga.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals de quebrada cintura.⁵⁷

Efraín Huerta: Barbas para desatar la lujuria

Vengo a ser la tortuga bicicleta copulosa.⁵⁸

Jorge Luis Borges: El zaratán

Hay un cuento que ha recorrido la geografía y las épocas: el de los navegantes que desembarcan en una isla sin nombre, que luego se abisma y los pierde, porque está viva.

Consideremos ahora un texto del siglo XIII. Lo escribió el cosmógrafo Al-Qazwiní y procede de la obra titulada *Maravillas de las criaturas*. Dice así:

En cuanto a la tortuga marina, es de tan desafortada grandeza que la gente del barco la toma por una isla.

⁵⁷ Federico García Lorca. *El poeta en Nueva York*. Buenos Aires, 1942.

⁵⁸ Efraín Huerta. *Los eróticos y otros poemas*. México: Joaquín Mortiz, 1974.

Uno de los mercaderes ha referido:

“Descubrimos en el mar una isla que se elevaba sobre el agua, con verdes plantas, y desembarcamos y en la tierra cavamos hoyos para cocinar, y la isla se movió, y los marineros dijeron: ‘Volved, porque es una tortuga, y el calor del fuego la ha despertado, y puede perdernos’.”⁵⁹

Pablo Neruda: La tortuga

La tortuga que anduvo	siete siglos
tanto tiempo	y conoció
y tanto vio	siete
con	mil
sus	primaveras,
antiguos	la tortuga
ojos,	blindada
la tortuga	contra
que comió	el calor
aceitunas	y el frío,
del más profundo	contra
mar,	los rayos y las olas,
la tortuga que nadó	la tortuga

⁵⁹ Jorge Luis Borges. *Manual de zoología...* op. cit.

amarilla
y plateada,
con severos
lunares
ambarinos
y pies de rapiña,
la tortuga
se quedó
aquí
durmiendo,
y no lo sabe.

De tan vieja
se fue

poniendo dura,
dejó
de amar las olas
y fue rígida
como una plancha de
planchar.
Cerró
los ojos que
tanto
mar, cielo, tiempo y tierra
desafiaron,
y se durmió
entre las otras
piedras. ⁶⁰

Charles Darwin: Archipiélago de las Galápagos

En mi excursión tropecé con dos grandes tortugas, cada una de las cuales pesaría al menos doscientas libras; una de ellas estaba comiendo un trozo de cacto, y al acercarme me miró y se alejó lentamente; la otra lanzó un fuerte rugido súbitamente, y metió la cabeza debajo del caparazón. Estos enormes reptiles, rodeados de negra lava, los arbustos sin hojas y los grandes cactos, me transportaron con la imaginación a un paisaje antediluviano.

⁶⁰ Pablo Neruda. Recuperado de: <https://www.poemasde.net/la-tortuga-pablo-neruda/>

23 de septiembre de 1835. Los colonos se quejaban de su pobreza, pero obtenían sin gran trabajo lo necesario para su subsistencia. En los bosques hay muchos jabalíes y cabras; pero la alimentación animal está constituida en su mayor parte por carne de tortuga. En consecuencia, su número se ha reducido grandemente en esta isla; pero con todo eso los habitantes cogen en dos días bastantes tortugas para el consumo de toda la semana. Dícese que en otro tiempo había barcos que se llevaban hasta setecientas, y que algunos años atrás las embarcaciones que acompañaban una fragata sacaron en un día a la playa doscientas.

8 de octubre. Llegamos a la isla James... Hallamos aquí un grupo de españoles que habían venido a la isla de Santa María con objeto de salar pesca y carne de tortuga. A cosa de seis millas tierra adentro, y a la altura de unos seiscientos metros, se había construido una choza en la que vivían dos hombres empleados en coger tortugas, en tanto los demás pescaban... Mientras permanecemos en esta región superior no comimos otra cosa que carne de tortuga; el asado con su caparazón, como la carne con cuero de los gauchos, resultaba un bocado sabrosísimo, y las tortugas jóvenes nos servían para hacer una excelente sopa. Sin embargo, debo decir que no me cuento entre los grandes aficionados a este manjar.

Viniendo ya a los quelónidos, describiré primero los hábitos de la tortuga de tierra (*Testudo nigra*, antiguamente llamada *Índica*). Estos animales habitan, según creo, en todas las islas del archipiélago, y seguramente son los más numerosos. Frecuentan con preferencia las alturas húmedas, pero viven también en regiones bajas y secas. Ya he probado cuánto deben abundar, juzgando por las que pudieron cogerse en un solo día. Las hay que alcanzan un tamaño enorme; Mr. Lawson, un inglés y vicegobernador de la colonia, nos refirió haber visto algunas tan grandes que se necesitaron seis u ocho hombres para levantarlas del suelo, y que suministraron hasta doscientas libras de carne. Los machos viejos son los mayores; las hembras rara vez llegan a ser tan voluminosas; el macho puede ser conocido fácilmente por tener la cola más larga que la hembra. Las tortugas que viven en las islas donde no hay agua o en las regiones bajas y secas de las demás se alimentan principalmente de cactus suculentos. Las que frecuentan las alturas húmedas comen las hojas de varios árboles, una especie de haya (llamada guayabita) ácida y áspera, y también un líquen filamentoso verde pálido (*Usnera plicata*), que cuelga en trenzas de las ramas de los árboles.

Buscan con avidez el agua, de la que beben grandes cantidades, y se encenegan en el lodo. Las mayores islas de este archipiélago son las únicas que tienen fuentes, hallándose éstas situadas hacia las partes cen-

trales y a considerable altura. Las tortugas, por tanto, que viven en las regiones bajas, cuando tienen sed se ven obligadas a viajar desde largas distancias. De ahí la multitud de anchos y apisonados senderos que se ramifican en todas direcciones, yendo de los manantiales a la costa, que sirvieron a los españoles para descubrir los sitios en que había agua dulce. Cuando desembarqué en la isla Chatham no pude imaginar que animal alguno siguiera tan metódicamente unas rutas como las que vi, perfectamente trazadas. Cerca de las fuentes era un espectáculo curioso contemplar los enormes quelonios avanzando unos con el cuello extendido y regresando otros después de haber ingerido su ración de agua. No bien la tortuga llega a la fuente, cuando, sin hacer caso de ningún espectador, sepulta la cabeza en el agua hasta encima de los ojos, y bebe ávidamente a grandes tragos, a razón de diez por minuto. Los habitantes dicen que cada quelonio permanece tres o cuatro días en las cercanías del manantial, y que después regresa a los terrenos bajos. Pero discrepan en cuanto a la frecuencia de las visitas. Las tortugas las regulan probablemente según la clase de alimento que toman. Sin embargo, es cierto que dichos animales pueden vivir aun en aquellas islas donde no hay otra agua que la procedente de unos cuantos días de lluvia al año.

Tengo por un hecho bien comprobando que la vejiga de las ranas actúa como un depósito para la

humedad necesaria a su existencia, y lo propio debe de ocurrir con las tortugas. Por algún tiempo después de su visita a las fuentes tienen las vejigas urinarias distendidas con el líquido, que, según dicen, decrece gradualmente en volumen y se enturbia. Los isleños, cuando caminan por las tierras bajas y se ven acosados de sed, se aprovechan a menudo de esta circunstancia y beben el contenido de que están llenas las vejigas; en una tortuga que vi matar, el líquido era enteramente límpido y sólo tenía un ligero amargor. Sin embargo, los habitantes beben siempre primero el agua del pericardio, que se asegura ser la mejor.

Cuando las tortugas se encaminan deliberadamente a un punto, viajan noche y día, y llegan al término de su expedición mucho antes de lo que podría esperarse. Los isleños, en vista de las observaciones hechas en algunas, después de marearlas con una señal, calculan que recorren unas ocho millas en dos o tres días. Yo mismo vi una gran tortuga que avanzaba a razón de sesenta metros en diez minutos, esto es, trescientos sesenta por hora, o cuatro millas por día, dejando algún tiempo para comer en el camino. Durante el período de la procreación, cuando se reúnen macho y hembra, el primero emite una especie de mugido bronco, que, según cuentan, puede oírse a la distancia de más de cien metros. La hembra nunca hace uso de la voz, y el macho solamente en esas ocasiones; de modo que cuando la gente de las islas oye ese

ruido, sabe que tiene lugar el apareamiento. Por esta época (octubre) era el tiempo de poner los huevos. La hembra, en terreno arenoso, hace un hoyo girando sobre el peto; los deposita en la cavidad practicada y los cubre con arena; pero si el suelo es de roca, los pone indiferentemente en cualquier hoyo. Mr. Bynoe halló siete en una hendedura. Los huevos son blancos y esféricos; uno que medí tenía siete pulgadas y tres octavos de circunferencia, siendo, por tanto, mayor que un huevo de gallina. Las tortugas jóvenes recién salidas del cascarón suelen ser presa de las aves rapaces que comen carroña. Las viejas, de ordinario mueren de accidentes, como, por ejemplo, de caer en precipicios; al menos, varios de los habitantes de las islas me dijeron que nunca habían visto muerta ninguna sin una causa manifiesta. Los isleños creen que estos animales son absolutamente sordos; lo cierto es que no oyen los pasos de las personas que se les acercan o los siguen. Me entretuve muchas veces en alcanzar uno de estos grandes monstruos, mientras avanzaba pacíficamente, para verla, en el momento de pasar yo, ocultar de pronto la cabeza y las patas y dejarse caer en el suelo como muerta, profiriendo el áspero ruido sibilante que le es peculiar. A menudo también me puse de pie sobre su espaldar, y dando algunos golpes en la parte posterior del mismo, lograba que se levantara y emprendiera la marcha; pero me fue difícil conservar el equilibrio. La carne de este animal

se emplea mucho, tanto fresca como salada, y de la grasa de saca un aceite muy claro y transparente. Cuando los isleños cogen una tortuga le hacen una cortadura en la piel inmediata a la cola, de modo que permita ver el interior del cuerpo y asegurarse de si es espesa o no la grasa debajo del espaldar. En caso negativo, dejan libre el animal, y se dice que no tarda en curarse de tan extraña operación. Para tener seguras a las tortugas de tierra no basta volverlas patas arriba, como se hace con las de mar, porque a menudo logran recobrar su posición natural.

Poca duda puede haber de que esta tortuga es un habitante aborigen del archipiélago de las Galápagos, porque se la halla en todas o casi todas las islas, aun en algunas más pequeñas, donde no hay agua; con dificultad se concibe que haya sido importada, tratándose de un grupo de islas muy poco visitado en el pasado. Además, los antiguos filibusteros hallaron estas tortugas en número mucho mayor que el presente; Wood y Rogers, en 1708, dicen ser opinión de los españoles que no las hay en ninguna otra parte de esta región del mundo. Hoy están distribuidas en un área extensísima; pero cabe preguntar si es o no aborigen en los otros países que habita. La osamenta de una tortuga de la isla Mauricio asociada con la del extinto Dodo, se ha considerado generalmente que pertenecía a esta tortuga; a suceder así, habría sido indígena, pero Mr.

Bibron me hace saber que él la cree distinta, puesto que lo es la especie ahora existente allí.⁶¹

Herman Melville: Las Encantadas

Este calificativo de encantadas tampoco parecería fuera de lugar en otro sentido. Si atendemos al singular reptil que habita estas soledades, y cuya presencia da al archipiélago su otro nombre español: Galápagos. La mayoría de los marinos abriga una vieja superstición tan grotesca como espantosa.

Creer seriamente que todos los oficiales malvados, y en especial los comandos y capitanes, se transforman al morir (y, en algunos casos, antes de ello) en tortugas; y moran en adelante sobre estas ardientes arideces como únicos señores solitarios de las escorias.

Sin duda, una concepción tan extraña y tétrica fue inspirada en sus orígenes por este paisaje, pero, particularmente, quizá, por las tortugas; pues aparte sus rasgos puramente físicos, hay extrañamente algo de autocondenación en la apariencia de estas criaturas. Una perdurable tristeza, un castigo sin esperanza no se han expresado en ninguna otra forma animal de manera tan suplicante; mientras que, por otra parte, la idea de su asombrosa longevidad acentúa esta impresión.

Aun a riesgo de merecer la acusación de creer absurdamente en encantamientos, no puedo menos

⁶¹ Charles Darwin; Juan Mateos (trad.). *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Madrid: Calpe Galiciana, 1921.

de reconocer que todavía hoy, cuando dejo la ciudad populosa para pasar vagando los meses de julio y agosto entre los montes Adirondack, lejos de las influencias ciudadanas, y próximo a los misterios de la naturaleza, cuando me siento sobre la musgosa cima de una profunda garganta boscosa, rodeado de troncos de pinos caídos, y recuerdo como en un sueño mis otros vagabundeos, distantes, en el corazón calcinado de las islas mágicas, rememoro los súbitos destellos de los lúgubres caparazones y los largos cuellos lánguidos que sobresalían de los raídos matorrales y entreveo las rocas vítreas del interior surcadas por profundas señales, labradas por los lentos arrastres de las tortugas durante milenios en busca de las charcas con un poco de agua, difícilmente puedo resistir la sensación de que alguna vez he dormido sobre un suelo de maléfico encantamiento.

Es más, mi recuerdo se hace tan intenso, o la magia de mi imaginación es tan avasalladora, que ya no acierto a comprender si realmente soy víctima de una ilusión óptica en lo relativo a las Galápagos. Pues a menudo en ambientes de regocijo colectivo, especialmente en las fiestas dadas en las viejas mansiones a la luz de los candelabros, las sombras arrojadas hasta los más apartados rincones de una espaciosa sala cobran apariencia de embrujados y solitarios bosques. Y he llamado la atención de mis compañeros de diversión por mi mirada fija y por mi súbito cambio

de semblante, al creer ver surgir lentamente desde esas soledades imaginadas, y arrastrarse torpemente por el piso, el fantasma de una tortuga gigante, con la leyenda “Memento” escrita con letras ardientes sobre el lomo.

Cuando esa noche descansaba en mi hamaca, sentí pasar sobre mi cabeza los tres corpulentos quelónidos que se arrastraban cansinamente a lo largo de la cubierta erizada de obstáculos. Su estupidez o su decisión era tan grande que jamás se hacían a un lado ante un obstáculo. Uno detuvo totalmente sus movimientos justamente cuando llegó frente al torreón central. Al rayar el alba, lo encontré hincado como un ariete contra la inmovible base del palo de trinquete, luchando denodadamente para abrirse un paso imposible. Que estas tortugas son víctimas de algún castigo o de algún encantador endiablado que les impone un suplicio, me parece muy probable; y si se para mientes en la extraña pasión de su esfuerzo desesperado, que tan a menudo las posee, nada queda más claro. Yo puedo certificarlo porque las he visto, en sus correrías, arremeter heroicamente contra rocas y permanecer largo tiempo frente a ellas, chocando y retorciéndose, empujando con todo su ímpetu a fin de desplazarlas y poder, de ese modo, mantener su inflexible ruta. La maldición que pesa sobre sus vidas culmina en ese mismo impulso agotador, rectilíneo, que las conduce a un mundo archicaótico.

Como no se encontraron con el mismo obstáculo que su compañera, las otras dos tortugas chocaron con pequeños escollos —cubos, poleas, jarcias— y a veces en el acto de pasarlos arrastrándose resbalaban produciendo un pasmoso traqueteo sobre la cubierta. Escuchando estos arrastres y esas caídas, me imaginé la misma madriguera de donde salían: una isla llena de cañadas metálicas y quebradas, hundida insondablemente en el corazón de montañas resquebrajadas y cubiertas a lo largo de muchas millas por intrincados matorrales. Después imaginé aquellos tres monstruos enderezándose, tan lenta y pesadamente que no sólo crecían hongos bajo sus patas, sino que también brotaba sobre sus lomos un muego fuliginoso. Con ellos me extravié en volcánicas maravillas, desbrocé innúmeras ramas de maleza podrida: hasta que como en sueños, me encontré sentado, con las piernas cruzadas sobre el delantero, con un brahmán montado del mismo modo a cada lado, formando un trípode de frentes que sostenía la cúpula universal.

Así fue la desenfadada pesadilla que incubó mi primera impresión de las tortugas de las Encantadas. Pero, a la noche siguiente, por extraño que parezca, me senté junto a mis compadres de a bordo y celebramos una alegre comilona de filetes y guiso de tortuga; y, terminada la comida, cuchillo en mano, procedimos a convertir los poderosos caparazones cóncavos en otras

tantas curiosas soperas y pulimos los tres pectorales amarillentos, haciendo con ellos vistosas bandejas.⁶²

Julio Verne: Viaje al centro de la tierra

Hallábamos también enormes caparazones, que habían pertenecido a los gigantescos gliptodontios del período pliocénico de los que la moderna tortuga es sólo una pequeña reducción, ya que el diámetro de aquéllas era superior.⁶³

OTRAS TORTUGAS

Leopoldo Alas: La Regenta

¿Y este galápago? Este galápago que ya va siendo viejo, ¿qué tal? —y daba palmaditas en la espalda de Mesía.⁶⁴

Homero Aridjis: Quemar las naves

¿La tortuga
ve la sombra sobre la que camina?⁶⁵

⁶² Herman Melville; Cristóbal Serra (trad.). *Las encantadas*. Barcelona: Seix Barral, 1970.

⁶³ Julio Verne. *Viaje al centro de la tierra*. Barcelona: Bruguera, 1972.

⁶⁴ Leopoldo Alas. *La regenta*. Madrid: Alianza, 1973.

⁶⁵ Homero Aridjis. *Quemar las naves*. México: Joaquín Mortíz, 1975.

Francisco Gabilondo Soler (Cri-Cri):

Caminito de la escuela

Caminito de la escuela,
apurándose a llegar,
con sus libros bajo el brazo,
va todo el reino animal.
El ratón con espejuelos.
De cuaderno el pavo real.
Y en la boca lleva el perro
una goma de borrar.

Cinco gatitos
muy bien bañados,
alzando los pies,
van para el kínder
entusiasmados
de ir por primera vez.

Caminito de la escuela,
pataleando hasta el final,
la tortuga va que vuela
procurando ser puntual.

Caminito de la escuela
porque quieren aprender,
van todos los animales
encantados de volver.
El camello con mochila.

La jirafa con su chal.
Y un pequeño elefantito
da la mano a su mamá.

No falta el león,
monos también;
y hasta un tiburón.
Porque en los libros
siempre se aprende
cómo vivir mejor.

La tortuga por escrito
ha pedido a Santaclós
sus dos pares de patines
para poder ir veloz
para poder ir veloz.⁶⁶

Jaime García Terrés: Vacación

Una sabiduría
súbitamente vulnerable
brota del charco:
 la tortuga
empina su cabeza,

⁶⁶ Francisco Gabilondo Soler. “Caminito de la escuela”.
Disponibile en: www.cri-cri.net/Canciones/caminoes-cuela.html

desencierra los párpados,
se une
al movimiento concertado
en este módico paraje;

por espacio de dos o tres minutos
esgrime su paciente vecindad
a manera de salva,
y después de comer escuálidas albricias
reanuda su porción de sueño.⁶⁷

Francisco González León: La gotera

Y el bullicioso gozo;
Y el asomarse al pozo
para distinguir la arruga
que en el agua dejaba la tortuga.⁶⁸

José Hernández: Martín Fierro

Y en el indio es como tortuga
de duro para espichar
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoge;

⁶⁷ Jaime García Terrés. *Corre la voz*. México: Joaquín Moritz, 1980.

⁶⁸ Francisco González León; Gabriel Zaid (pres., comp. y notas). *Ómnibus de poesía mexicana*. México: Siglo **xxi** Editores, 1971.

luego sus tripas recoge
y se agacha a disparar.⁶⁹

Rafael Alberti: Nana de la tortuga

Verde, lenta, la tortuga.

¡Ya se comió el perejil,
la hojita de la lechuga!

¡Al agua, que el baño está
rebosando!

¡Al agua
pato!

Y sí que nos gusta a mí
y al niño ver la tortuga tontita
y sola nadando.⁷⁰

María Elena Walsh: Manuelita, la tortuga

Manuelita vivía en Pehuajó
pero un día se marchó.
Nadie supo bien por qué

⁶⁹ José Hernández. *El gaucho Martín Fierro*. México: UNAM, 1975.

⁷⁰ Rafael Alberti. *Marinero en tierra*. España: Visor, 2017.

a París ella se fue,
un poquito caminando
y otro poquitito a pie.

Manuelita una tarde se miró
en un charco y se afligió.
Dijo: —Yo no sé por qué
estoy arrugándome,
si desde hace ochenta años
tengo un cutis de bebé.

Manuelita una vez se enamoró
de un tortugo que pasó.
Dijo: —¿Qué podré yo hacer?
Vieja no me va a querer;
en Europa y con paciencia
me podrán embellecer.

Manuelita por fin llegó a París
en los tiempos del rey Luis.
Se escondió bajo un colchón
cuando la Revolución,
y al oír la Marsellesa
se asomó con precaución.

En la tintorería de París
a pintaron con barniz,
la plancharon en francés

del derecho y del revés,
le pusieron peluquita
y botines en los pies.

Tantos años tardó en cruzar el mar,
que allí se volvió a arrugar
y por eso regresó vieja como se marchó,
a buscar a su tortugo
que la espera en Pehuajó.

Manuelita, Manuelita, Manuelita
dónde vas con tu traje de malaquita
y tu paso tan audaz.⁷¹

Nazario Chacón Pineda: Bigú (La tortuga)

El desfile de tortugas
simula un collar
de tortugas grandes
de tortugas chicas.
A la orilla de la mar.
tortugas chicas
tortugas grandes
y grandes y pequeñas.
¿Dónde dejó su hijo

⁷¹ María Elena Walsh. *El reino del revés*. Buenos Aires: Luis Fariña Editor, 1963.

dónde dejó su hijo
la diosa de la mar?
Diosa del Mar,
Diosa del Mar,
mira a la tortuga chica
mira a la tortuga grande.
Dónde dejó su hijo
dónde dejó su hijo
la tortuga grande,
la tortuga chica.⁷²

Jorge Carrera Andrade : La tortuga

La tortuga en su estuche amarillo
es el reloj de la tierra
parado desde hace siglos.
Abollado ya se guarda
con piedrecillas del tiempo
en la funda azul del agua.⁷³

⁷² Nazario Chacón Pineda; Irma Pineda Santiago (trad.). “La literatura de los Binnizá, zapotecas del Istmo” en *De la oralidad a la palabra escrita. Estudios sobre el rescate de las voces originarias en el sur de México*. México: UNAM, 2012.

⁷³ Jorge Carrera Andrade. *Microgramas*. Ecuador: Ediciones Asia América, 1940.

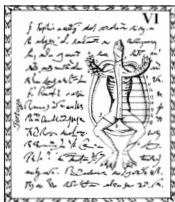
César Vallejo: Sombrero, abrigo y guantes

Importa que el otoño se injerte en los otoños
importa que el otoño se integre de retoños,
la nube, de semestres, de pómulos, la arruga.
Importa oler a loco, postulando
¡qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga,
el cómo qué sencillo, que fulminante el cuándo!⁷⁴



⁷⁴ César Vallejo. *Sombrero, abrigo, guantes y otros poemas*. Bogotá: Norma, 1992.

En algunos diccionarios



Sobrino aumentado o nuevo diccionario de las lenguas española, francesa y latina, 1769.

TORTUGA. s.f. Pez con caparazón que vive sobre la tierra y en el agua y cuyo movimiento es muy lento. L. Testudo.

Diccionario enciclopédico de la lengua española, 1872.

TORTUGA. Género de reptiles quelonios que comprende todas las especies del orden que viven en la tierra y tienen los pies propios para andar y no para nadar. Su caparacho es abultado y completamente óseo; se encuentran con especialidad en los países cálidos y se alimentan de vegetales, de moluscos y de insectos. En los países templados permanecen entorpecidos durante el invierno. Su carácter es estúpido y al mismo tiempo familiar; crecen con extremada lentitud; viven mucho tiempo, su generación es ovípara, y los machos buscan a la hembra con mucho ardor. Las especies

originarias del canal de Mozambique, de la India y de la América Meridional, aventajan infinitamente en tamaño a las que viven en Europa; pues las hay que llegan a pesar de cuatrocientas a quinientas libras. Muchas han sido halladas fósiles en diferentes terrenos.

Diccionario enciclopédico de la lengua castellana, 1898.

TORTUGA. (del latín testudo.) f. Animal anfibio, cuyas conchas son muy fuertes, pintadas y vistosas. Distínganse generalmente cinco especies de tortugas: tortuga terrestre, de agua dulce o fluvial, marina, abierta y blanda.

A una tortuga un águila arrebató:
la ladrona se apura y desbarata
por hacerla pedazos,
ya que no con la garra a picotazos.
(Saman)

Familiar Quotations, 1915.

La tortuga, como otros reptiles, tiene un estómago arbitrario, así como también pulmones; y puede abstenerse de comer y de respirar durante la mayor parte del año. Gilbert White (1720-1793) *Natural History of Selborne*.

Diccionario completo de la lengua española, s/f.

TORTUGA nombre común a todas las especies pertenecientes a la clase de los quelonios; las principales clases son: la coriácea, la griega, la elegante y el polifemo.

Webstern's New 20th Century Dicciónary of the English Language, 1960.

TORTUGA: Llamada así porque en Grecia se creía que la tortuga era un demonio. (Tartaruchos, "demonio".)

Diccionario de autoridades de la Real Academia, 1964.

TORTUGA. f.f. Animal amphibio, cuyas conchas son muy pintadas, y vistosas, y tan fuertes, que pueden resistir una bala de mosquete. Las hai tan grandes, que se escribe hacen de sus conchas techados de las casas en algunas Islas de la India Oriental. Dixose asi, por lo torcidas, y combadas que tienen las conchas.

Diccionario de la lengua española de la Real Academia, 1970.

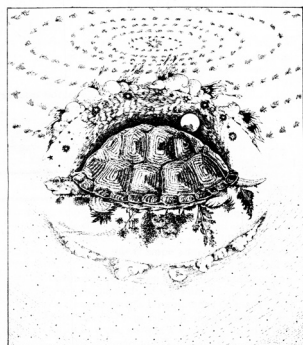
TORTUGA. f. Reptil marino del orden de los quelonios, que llega a tener hasta dos metros y medio de largo y uno de ancho, con las extremidades torácicas más desarrolladas que las abdominales, unas y otras en forma de paletas, que no pueden ocultarse, y coraza cuyas láminas, más fuertes en el espaldar que en el peto, tienen manchas verdosas y rojizas. Se alimenta de vegetales marinos, y su carne, huevos y tendones son comestibles.// Reptil terrestre del orden de los quelonios, de dos a tres decímetros de largo, con los dedos reunidos en forma de muñón, espaldar muy convexo, y láminas granujientas en el centro y manchadas de negro y amarillo en los bordes. Vive en Italia, Grecia y las islas Baleares, se alimenta de hierbas, insectos y caracoles, y su carne es sabrosa y delicada.

Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, 1973.

TORTUGA, 1495, (antes Tartuga, 1490). En italiano y en cat. antiguo (s. XIII tartaruga. Probte. del femenino del lat. tardío **TARTARUCHUS** “demonio”, y éste del gr. **TARTARUKHOS** id., cpt, de tártaros “infierno” y ekho “yo habito”. Los orientales y los antiguos cristianos tomaron la tortuga, por habitar en el lodo, como personificación del mal y de la herejía.

Medicamentos indígenas, 1975.

GALÁPAGO: La concha de este anfibio tostada y pulverizada se toma en vino en dosis como de una pulgada para la orina suprimida y en algunos cólicos. La carne, comida diariamente, hace expeler el humor venéreo.



Apéndices

DICHOS

Caminar	a paso de tortuga lento como la tortuga tortugeando
Cuello	Pieza de vestir que cubre el cuello y llega a la barbilla.
Encerrarse	en uno mismo como la tortuga en la concha
Hierba	Planta marina.
Estar	atortugado enconchado

Operación	Protesta laboral que relentaliza la producción
Hacer	el amor como tortuga
Ser	concha conchudo duro como tortuga torpe como tortuga viejo como tortuga
Tener	más concha que un galápago muchas conchas (ser reservado, disimulado y astuto)
Tortuguismo	término empleado en las huelgas



HOMÓNIMOS

Nombre de una moneda de Egina. (Por alusión a las tortugas de Egina, un viejo adagio griego decía que las tortugas triunfaban sobre el orgullo y la sabiduría). Mariposa llamada “Pequeña tortuga” o “Vanesse”.

Tumor enquistado con la forma de una escama de tortuga.

Especie de cohete empleado antes para derrumbar ciertos trabajos de albañilería.

Utensilio para la cocción de ciertos platillos.

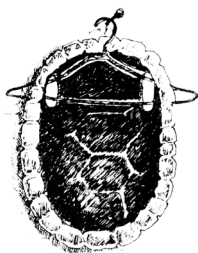
En tipografía, clase de forma plana donde los caracteres están contenidos.

Constelación antes llamada Lira.

Embarcación cuyo puente es curvo como el caparazón de la tortuga y que se emplea para atravesar un brazo de mar.

En Tabasco nombre que se le da a la vulva de la mujer.

Maniobra militar y máquina de sitio entre los antiguos; y particularmente entre los romanos.



REFRANES

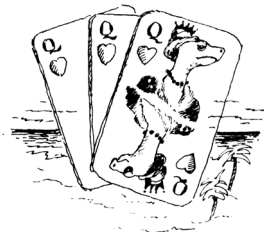
Andare a passo di lumaca. (Ir a paso de tortuga).

Faire en quinze jours quatorze lieux, comment la tortue. (Ir a paso de tortuga).

*Faire les doux yeux sans parler, c'est faire l'amour en tortue.
(Hacer ojitos sin hablar, es hacer el amor como tortuga).
Conejo no llega lejos, tortuga llega segura.*

Comer tortuga o no comerla.

Aburrido como tortuga de aljibe.



PENSAMIENTOS

A simple vista la tortuga parece un ser negligente o poco dotado por la naturaleza.

Valmont de Bomare.

De un flojo, yo diría que es una tortuga.

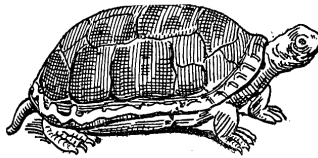
Brunetto Latino.

Todavía nada me advierte sobre el número de mis años, avanzo no sólo con calma como una tortuga sino que estoy a punto de creer que soy como una tortuga.

Mme. de Sevigné.

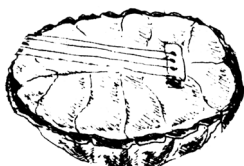
El mal tiene alas y el bien va a paso de tortuga.

Voltaire.



SINÓNIMOS

Tortuga	Concha
Quelonio	Capota
Caguama	Caparazón
Carey	Caparacho
Galápago	Coraza
Morrocoyo	Cubierta
Charapa	Corteza



EN OTRAS LENGUAS

Albanés

BRESHKË

Alemán

SCHILDKRÖTE f.

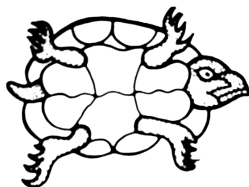
KANONENOFEN m.

SUPPENSCHILDKRÖTE. (Tortuga de mar)

RIESENSCHILDKRÖTE. (Tortuga gigante)

Árabe	SALIFAHA
Bieloruso	ČARAPACHA
Checo	ŽELVA
Chino	WŪGUĪ
Danés	SKILDPADDE
Eslovaco	KORYTNACKA, Y
Francés	TORTUE BEC-DE-FAUCON CAREY
Griego	CHELÓNA
Hebreo	טב תב
Hindi	KACHHUA
Indonesio	KURA-KURA
Latín	TESTUDO GRAECA
Inglés	TURTLE TORTOISE
Italiano	TARTARUGA TESTUDINE BIZZAGA TESTUGGINE, GALANIA. (Tortuga de mar)
Japonés	KAME KAME NO KO
Portugués	TARTARUGA

Ruso	YEPETHAXA
Servio-Croata	KORNJACA
Sueco	SKÖLDPADDA
Swahili	KIKU1, YU1. (Tortuga de tierra o agua dulce) KASA-ANGO. (Tortuga de agua dulce) KASA. (Tortuga de mar)
Tailandés	TÈA
Turco	KAPLUMBÁGA
Vasco	TORTOSINA DORTOKA
Vietnamita	RÛA



Lenguas indígenas

Maya	AC, AK, AAK
Mixteco	TEYOO
Náhuatl	AYOTI O AYUTL
Otomí	NA XAHA
Quéchua	TORTOGA (en Ayacucho)
Tarahumara	MURI O MUHU-RI

Tarasco

CUTU

Turco

KAPLUMBAĞA



Aztequismos

AYOC

En la tortuga.

AYOCINTEPEC

En el cerro de las tortuguitas.

AYOJALPA

En la arena de las tortugas (donde ponen sus huevos o hacen nido las tortugas).

AYOTLA

Donde abundan las tortugas.

AYOTZINAPA

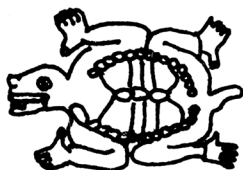
Lugar de tortugas.

AYOTOSCO

Estercolero de conejo-tortuga.
(armadillo)

TEAYOC

En la tortuga de piedra (en la tortuga de dios, en la tortuga divina).



Bibliografía

MITOLOGÍA Y SIMBOLISMO

- AEPPLI**, Ernest. El lenguaje de los sueños. Barcelona: Luis Mirocle, 4a. ed., 1965.
<https://blog.xcaret.com/es/7-culturas-que-se-inspiraron-en-las-tortugas/>
- BORGES**, Jorge Luis. Manual de zoología fantástica. México: FCE, 1971.
- _____. Siete noches. México: FCE, 1980.
- BULFINCH**, T. Mitología, México: Editorial Nueva España, 1948.
- GALEANO**, Eduardo. Memoria del Fuego I. México: Siglo XXI Editores, 1991.
- CIRLOT**, J. Diccionario de símbolos. Editorial Labor, 2a. ed., Barcelona, 1969.
- COLA**, J. Tatuajes y amuletos marroquíes. Madrid, 1949.

- GAYTÁN**, Carlos. Diccionario mitológico. México: Editorial Diana, 1965.
- GOETHE**, J. W. Fausto, Barcelona: Bruguera, 1971.
- “Gran enciclopedia Larousse”. Barcelona: Planeta, 1973.
- LONS**, Verónica. *The World's Mythology*. Londres: Hamlyn, 1974.
- LAVEDAN**, P. *Dictionnaire illustré de la mythologie et des antiquités grecques et romaines*. Haellette, 4a. ed. Revue et mise a jour, París, 1931.
- LEÓN-PORTILLA**, Miguel. *Los antiguos mexicanos*. México: FCE, 1970.
- Red Informática, en general para todos los temas.
- PÉREZ RIOJA**, José Antonio. *Diccionario de símbolos y mitos*. Madrid: Editoría Tecnos, s/f.
- SAINZ DE ROBLES**, Federico Carlos. *Diccionario mitológico universal*. Madrid: Aguilar, 1944.
- THOMPSON**, J. Eric. *Maya Hieroglyphie*. Nueva York: Writing, 1950.
- TOZZER**, A. y M. A. Glover *Animal Figures in the Maya Codices*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Cambridge: Harvard University Press. Vol. **IV**, no. 3, 1910.
- Archaeology and Ethnology. Harvard University, Vol. **IV**, no. 3, Cambridge, 1910.
- WILLIAMS**, C. A. S; Kazimitzu W. Kato (intr.). *Enciclopedia of Chinese Symbolism and Art Motives*. Nueva York: The Jullan Press, Inc., 1960.

ZOOLOGÍA

- CARR**, Archie. Los reptiles. México: Offset Larios, 1977.
“Gran enciclopedia Larousse”. Barcelona: Planeta, vol.
XIX, 1973.
(S/f). Historia Natural. Barcelona: Editorial Ramón
Sopena, 1971.
- MOORE**, Ruth. Evolución. México: Lito Offset Latina,
1977.
- PONIATOWSKA**, Elena. Hasta no verte Jesús mío. México:
Ediciones Era, 1972.

VIDA SEXUAL

- PLINIO SEGUNDO**, Cayo; Francisco Hernández (trad. y
notas). Historia natural. México: UNAM, 1966.
- ROSTAND**, Jean, Lucien Berland y otros; Carlos Soldevila
(trad.). Costumbres amorosas de los animales. Buenos
Aires: Editorial Sudamericana, 2a. ed., 1945.

LITERATURA

- ALAS**, Leopoldo. La regenta. Madrid: Alianza Editorial.
6a. ed., 1973.
- ALBERTI**, Rafael. Marinero en tierra. España: Visor, 2017.
- ALEMÁN**, Mateo. Guzmán de Alfarache. México: Porrúa, 1976.
- Anónimo. Cancionero folklórico de México. México: El Cole-
gio de México, 1980.

- _____. *El conde Lucanor y otros cuentos medievales*. Calila e Dimna. Madrid: Bruguera, 1973.
- _____. *El libro de los libros del Chilam Balam*. Alfredo Barrera Vázquez y Silvia Rendón (trad.). México: FCE, 3a. reimpresión, 1972.
- _____. “Mitos aztecas”. México, 1927. Disponible en <https://www.mexicodesconocido.com.mx/mitos-aztecas-el-robo-de-los-cantores-celestes.html>.
- _____; Ángel María Garibay (ed.); Miguel León Portilla (trad.). *Poesía indígena de la altiplanicie*. México: UNAM, 1940.
- _____; Adrián Recinos (trad.). *Popol Vuh*. México: FCE, 1947.
- APOLLINAIRE**, G. *Bestiario*. Versión de A. Bartra. México: Joaquín Mortiz, 1967.
- ARIDJIS**, Homero. *Quemar las naves*. México: Joaquín Mortiz, 1975.
- ARISTÓFANES**. *Las once comedias*. México: Porrúa, 1972.
- BORGES**, Jorge Luis. *Discusión*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1964.
- CARDENAL**, Ernesto, *Canto nacional*. Buenos Aires: Editorial Carlos Lohé, 1973.
- CARRERA ANDRADE**, Jorge. *Microgramas*. Ecuador: Ediciones Asia América, 1940.
- CARROLL**, Lewis. *Alicia en el país de las maravillas*. Barcelona: Bruguera, 1972.

- CERVANTES**, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa-Calpe, 1973.
- CHACÓN Pineda**, Nazario; Pineda Santiago, Irma (trad.). “La literatura de los Binnizá, zapotecas del Istmo” en *De la oralidad a la palabra escrita. Estudios sobre el rescate de las voces originarias en el sur de México*. México: UNAM, 2012.
- CORTÁZAR**, Julio. *Cuentos completos 1*. Madrid: Alfaguara, 1995.
- DARÍO**, Rubén. *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1954.
- DARWIN**, Charles; Mateos, Juan (trad.). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Madrid: Calpe Galiciana, 1921.
- ELIZONDO**, Salvador. *Narda o el verano*. México: Ediciones Era, 1966.
- ESOPO**; Miguel de Silva (trad.). *Fábulas*. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1913.
- FRAZER**, J. G.; Elizabeth y Tadeo 1. *La rama dorada*. México: FCE, 1944.
- FÁBULA**, “Fábula popular Bubi de la Guinea Ecuatorial”. Disponible en: www.bisila.com/litb/htm.
- FÁBULA**, “Fábulas antiguas de China”, en *Tonos*, Revista electrónica de estudios filológicos, núm. 10, 2005. Disponible en: <https://www.um.es/tonosdigital/znum10/secciones/tri-fabulas.htm>.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI**, José Joaquín; María de Pina (comp.). *Fábulas*. México: Porrúa, 1976.
- FRENK A.**, Margrit. *Cancionero folklórico de México*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1980.

- GABILONDO Soler, Francisco.** “Caminito de la escuela”.
Disponible en www.cri-cri.net/Canciones/caminoescuela.html.
- GARCÍA LORCA, Federico.** *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1955.
- _____. *El poeta en Nueva York*. Buenos Aires, 1942.
- GARCÍA TERRÉS, Jaime.** *Corre la voz*. México: Joaquín Mortiz, 1980.
- GARIBAY K., Ángel María.** *Poesía indígena de la altiplanicie*. México: UNAM, 1940.
- GIBRAN, Jalil Gibran.** *Arena y espuma*. Leopoldo S. Kaim, México: Impresiones Modernas, 1973.
- GONZÁLEZ DE LEÓN, Francisco; Gabriel Zaid** (pres., comp. y notas). *Omnibus de poesía mexicana*. México: Siglo XXI Editores, S. A., 1971.
- GONZÁLEZ ROJO, Enrique.** *El antiguo relato del principio y otros poemas*. México: Editorial Diógenes, S.A., 1975.
- HENESTROSA, Andrés.** *Los hombres que dispersó la danza*, México: Imprenta Universitaria, 1945.
- HERNÁNDEZ, José.** *El gaucho Martín Fierro*. México: UNAM, 1975.
- HUERTA, Efraín.** *Los eróticos y otros poemas*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- HUYSMANS, Joris-Karl.** *Al revés*. Versión española de Germán Gómez de la Mata, México: Editorial Centauro, 1944.
- IONESCO, Eugene; Martínez Sierra, María** (trad.). *Teatro III*. Buenos Aires: Lozada, 1962.

- LA FONTAINE**, Jean; Gustavo Doré (ilus.); Teodoro Llorente (trad.). *Fábulas*. México: Editorial Cosmos, 1976.
- LEÓN-PORTILLA**, Miguel. *Los antiguos mexicanos*. México: FCE, 1970.
- LEZAMA** Lima, José. “Leyendo en la tortuga”. México: UNAM. *Revista de la Universidad*. Vol. **XXIV**, núm. 2, octubre, 1969.
- _____. “El pabellón de la vacuidad”. México: UNAM. *Material de lectura*, núm. 5, 1977.
- LÓPEZ VELARDE**, Ramón. *Obras completas*, México: Editorial Nueva España, 1944.
- MELVILLE**, Herman; Cristóbal Serra (trad.). *Las Encantadas*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1970.
- MONTERROSO**, Augusto. *La oveja negra y demás fábulas*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 3a. ed., 1973.
- MORO**, César. *Obra poética*, Lima, Perú: Instituto Nacional de Cultura, 1980.
- NERUDA**, Pablo. *La tortuga*. Recuperado de <https://www.poemasde.net/la-tortuga-pablo-neruda/>
- PACHECO**, José Emilio. *El viento distante*. México: Ediciones Era, 1963.
- PAZ**, Octavio. *Salamandra*. México: Joaquín Mortiz, 1977.
- PELLICER**, Carlos. *Material poético*. México: UNAM, 2a. ed., 1962.
- PITOL**, Sergio. *El tañido de una flauta*. México: Ediciones Era, 1972.
- SAMANIEGO** de, Félix María. *Fábulas*. Colombia: Libro al Viento. (circulación gratuita), 2013.

- QUIROGA**, Horacio. *Cuentos de la selva*, México: **EMU**, 1998.
- TABLADA**, José Juan. “La tortuga”, en *Poesía en movimiento*. México, 1915-1966. Selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Prólogo de Octavio Paz. México: Siglo **XXI** Editores, 9a. ed.,1966.
- TORRES QUINTERO**, Gregorio. *Mitos aztecas*. México: Herrero Hermanos Sucesores,1927
- VALÉRY**, Paul. *Algunos poemas*. Edición bilingüe, Jorge Guillén (trad.). Barcelona: Editorial Llibres de Sinera, 1972.
- VALLEJO**, César. *Sombrero, abrigo y guante y otros poemas*. Bogotá: Norma, 1992.
- VERNE**, Julio. *Viaje al centro de la tierra*. Barcelona: Bru-guera,1972.
- WALSH**, María Elena. “Manuelita, la tortuga”*El reino del revés*. Buenos Aires: Luis Fariña Editor, 1963.
- ZI**, Zuang. *Fabulas antiguas de China*. Recuperado de www.um.es/tonosdigital/anuario/secciones/tri-fabulas.htm.

EN ALGUNOS DICCIONARIOS

- Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Compuesto por Joan Corominas. Madrid: Editorial Gredos, 1973.
- Christopher Morley (ed). *Familiar Quotations*. Boston: Little Brown Company, 12a. ed.,1915.
- Diccionario enciclopédico de la lengua española*. Madrid: Gaspar y R. Editores,1872.

Diccionario enciclopédico de la lengua castellana. Compuesto por Elías Zerolo, Miguel del Toro y Gómez y Emiliano Isaza., Garnier Heririanos París: Libreros Editores, 5a. ed., 1898.

Diccionario de autoridades de la Real Academia Española. Edición facsimilar. Madrid: Editorial Gredos, 1964.

Diccionario de la lengua española de la Real Academia. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, decimanovena ed., 1970.

Diccionario completo de la lengua española. Imprenta Colonial, Estrada Vinos. (S/f).

POMPA, Gerónimo. Medicamientos indígenas. México: Libros Aesa, 1975.

Sobrino aumentado o nuevo diccionario de las lenguas española, francesa y latina. Francia: Delaniollière, 1791.

WEBSTERN's New Twentieth Century Dictionary of the English Language. Nueva York: The World Publishing Company, 2a. ed., , 1960.

AZTEQUISMOS

ROBELO, Cecilio A. Diccionario de aztequismos. México: Imprenta del autor, 1904.

HOMÓNIMOS

BARCIA, Roque. Primer diccionario general etimológico de la lengua española. Madrid, 1883.

Encyclopedie universel^{le} Larousse. T. XIX, México: Editorial Planeta, 1973.

SANTAMARÍA. *e du XXème siècle*. T. XII Paris, 1808.

SANTAMARIA, Francisco Javier. *Diccionario de mejicanismos*. México: Editorial Porrúa, 1959.

SINÓNIMOS

PEY, Santiago y Juan Calonja. *Diccionario de sinónimos, ideas afines y contrarios*. Barcelona: Editorial Teide, 7a. ed., 1978.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Diccionario de la lengua española de la Real Academia. Madrid: Espasa- Calpe, 19a. ed., 1970.

SÁINZ DE ROBLES, F.C. *Ensayo de un diccionario de sinónimos y antónimos*. Madrid: Editorial Aguilar, 2a. ed., 2a. reimpresión, 1971.

REFRANES Y PENSAMIENTOS

Encyclopedie universelle du XXème siècle. T. XII, París, 1808.

LITRE, Emile. *Dictionaire de la langue française*. París : Gallimard-Hachette, 1958.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

Abogado General

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

Secretario Administrativo

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención,

Atención y Seguridad Universitaria

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Gonzalo Celorio

Director

Alejandro Higashi

Coordinador Académico del Gabinete Editorial

Agustín Herrera

Coordinador Editorial

Felipe Garrido

Asesor Académico del Gabinete Editorial



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria General

Lic. Rocío Carrillo Camargo

Secretaria Administrativa

Lic. María Elena Juárez Sánchez

Secretaria Académica

Biól. David Castillo Muñoz

Secretario de Servicios de Apoyo al Aprendizaje

Mtra. Dulce María E. Santillán Reyes

Secretaria de Planeación

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

Secretario Estudiantil

Mtra. Gema Góngora Jaramillo

Secretaria de Programas Institucionales

Lic. Héctor Baca Espinoza

Secretario de Comunicación Institucional

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

Secretario de Informática

Títulos de la Colección
La Academia para Jóvenes

Mauricio Beuchot,
Elementos de filosofía

Adolfo Castañón,
**Leyendas mexicanas
de Rubén Darío**

Ruy Pérez Tamayo,
Cómo acercarse a la ciencia

Felipe Garrido,
**Inteligencias, lenguaje y
literatura**

Javier Garciadiego,
**El Estado Moderno y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)**

Vicente Quirarte,
**Fantasmas bajo
la luz eléctrica**

Julieta Fierro,
Los retos de la astronomía

Gonzalo Celorio,
DF-CDMX. Marca registrada

Margo Glantz,
A los dieciséis

Fernando Serrano,
Derechos de autor

Jaime Labastida,
Lección de poesía

David Noria,
**Nuestra lengua. Ensayo sobre la
historia del español**

Carlos Prieto,
**La música clásica. Algunos
conceptos fundamentales, notas
históricas y breves apuntes
autobiográficos**

Felipe Garrido,
Novedad de la patria

Rodrigo Martínez Baracs,
El maestro Miguel León-Portilla

Adolfo Castañón,
**Fuga a tres voces. José Luis
Martínez, Alí Chumacero, Juan
José Arreola**

Leyendo
en la tortuga de Silvia
Molina, un título de la colección
La Academia para Jóvenes, del Colegio
de Ciencias y Humanidades de la **UNAM**, se
terminó de imprimir el 19 de mayo de 2023 en los
talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Huma-
nidades, Monrovia núm. 1002, colonia, Portales Sur, **CP**
03300, Alcaldía Benito Juárez, **CDMX**. La edición consta de
1,500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond
ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sul-
fatada de 12 pts. para los forros. En su composición se
utilizó la familia Joanna **MT STD**. La formación estuvo
a cargo de Xanat Morales Gutiérrez. El cuidado
de la edición estuvo a cargo de Keshava R.
Quintanar Cano, Mildred Meléndez,
Omar Nieto y la
autora.